AÑO XXVII. — Nº 1374.

EL DIA

MONTEVIDEO, MAYO 17 DE 1959.

Suplemento Dominical fundado por Don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de octubre de 1932



LA VUELTA AL PAGO

(Fotografía Juan Caruso).

La larga caravana del regreso a la ciudad de Paso de los Toros, grupo social emocionante, apretado racimo familiar que ahora vuelve a recuperar la casa abandonada en la impresionante correntada que asoló el "pago", al que vuelve con ellos la alegría y el trabajo.



Siempre hay una madre que nos sirve de apoyo.

LA VUELTA AL PAGO

INQUIETANTE y perturbadora era la atmósfera que se respiraba en Paso de los Toros, la tarde del domingo 19 de abril de 1959.

La ciudad entera parecía ya una población fantasma y en ventanas distantes el resplandor del próximo crepúsculo encendía luces misteriosas. Todas las calles estaban en silencio y desiertas. Los edificios deshabitados y clausurados. En los portales no se oía el sonido de ninguna campanilla. Sólo se percibía una extraña actividad en la Casa del Comando Militar de la región, que había sido durante 48 horas un corazón vivo, que latía con todas sus fuerzas, en el centro mismo de un cuerpo laxo y muerto.

Era allí, que el Alto Comando Militar de Emergencia, a las órdenes del general Enrique O. Magnani, dirigía los hilos de una riesgosa tarea, sin precedentes en el país, y de cuya culminación dependía el destino de todo un pueblo.

Conviviendo con oficiales y soldados del ejército uruguayo, los representantes de la prensa del Uruguay y Brasil, iban comprobando paso a paso, el desarrollo de un drama rural que tenía pendiente a toda la nación.

¿Qué había ocurrido para originar esta verdadera "oscuridad a mediodía" en Paso de los Toros, ahora silenciosa y, apenas unos días atrás, centro jubiloso, que antes del alba, despertaba en los arrabales con sus ruidos de granja, mugidos de vacas con ojos de terciopelo, estrépitos de baldes y risas de hombres y mujeres que iban a sus trabajos?

La historia es una de las más conmovedoras y estoicas del Uruguay. La villa de Paso de los Toros se encuentra a 256 kilómetros de Montevideo y está situada en las márgenes del caudaloso río Negro. Su población es aproximadamente de mas de diez mil habitantes y debe su prosperidad (y también su constante incertidumbre y terror) al hecho de encontrarse a sólo 15 kilómetros de la represa del Rincón del Bonete, que suministra energía eléctrica a toda la República Oriental del Uruguay. Esta población, centrada en el corazón geográfico del territorio uruguayo, es el nudo de todas las comunicaciones ferroviarias entre Montevideo y las localidades establecidas al Norte del río Negro. Exteriormente, la villa presenta ese tranquilo aspecto que es típico de los pequeños pueblos provinciales. A cada paso, resalta la belleza de las viejas construcciones ornamentadas de cipreses y con terrazas que miran al río.

Las inclementes lluvias de abril que en forma que no tiene precedentes se abatieron en el Sur del Brasil y en todas las comarcas norteñas del Uruguay, trajeron el desborde de los ríos y la inundación de vastas regiones.

El resultado más catastrófico fue el inusitado acumulamiento de agua en el embalse de la represa del río Negro. No dando a basto los doce vertederos del dique para que se efectuara la rápida e impostergable sangría del lago, se debió recurrir a un plan denominado militarmente como "Operación Terraplén".

Por esta operación, se haría volar un dique que permitiría aliviar la enorme presión que las aguas venías ejerciendo sobre la gigantesca represa.

El desagüe provocaría inevitablemente la inundación de la mayor parte de Paso de los Toros, bajo la tumultuosa corriente del río, que vería acrecentado su caudal en forma aterradora, aguas abajo de la represa.

Ello trajo como consecuencia la inmediata evacuación de la población de Paso de los Toros en un término perentorio de 48 horas. Ya el viernes 17 de abril, las autoridades militares y civiles comunicaron la dramática circunstancia a los vecinos isabelinos, y esa misma noche, comenzó por propia iniciativa de los lugareños el éxodo hacia sitios seguros.

El sábado 18 de abril, a las 14 horas, empezó a actuar el grupo de policía y el de patrullaje, integrado con tropas del ejército. En forma sistemática se recorrió la zona de probable inundación avisando y orientando a los pobladores rezagados hacia la estación del ferrocarril, donde debían acantonarse para ser evacuados.

La ciudad fue dividida en cuatro sectores para su último reconocimiento. Viniendo del Oeste, el grupo de patrullaje recorrió el distrito urbano y suburbano hasta la vía férrea. Lo mismo se hizo partiendo del lado Este. Cada casa fue rigurosamente explorada para que ningún morador pudiera permanecer en ella con riesgo de su vida. La operación de evacuación comenzó a la hora 14 del día sábado y a las 18 horas no quedaba ya un alma en Paso de los Toros. Aunque hubo una total acatación de la población civil a la orden militar, hubo lógicamente algunos vecinos, en su mayoría gente de edad aferrada al terruño, que debieron ser movilizados a la fuerza.

Durante la noche del sábado, en la ciudad solitaria, se estableció una vigilancia de corte militar. Instalada en las tinieblas, la villa dormida parecía el centro de la



Por todos los caminos volvieron a su tierra para poder ser y existir.



Los jóvenes fuertes volvieron con bríos renovados.

noche.

Así fue abandonada por sus habitantes Paso de los Toros. Al domingo siguiente, al volar el dique, la corriente del río Negro comenzó a aumentar ominosamente de caudal y, poco a poco, las aguas comenzaron a lamer cada vez más las calles y las casas que habían sido abandonadas la víspera.

Militares y periodistas fueron los últimos en dejar la ciudad. Los representantes de la prensa fueron conducidos a un tramo elevado de la carretera a Durazno que les sirvió de atalaya para presenciar a muchos kilómetros de distancia la voladura del dique, que con su explosión inquietaba la lejanía y retumbaba en el horizonte como el eco de una batalla distante.

Dos horas después de producida la "Operación Terraplén", los periodistas se acercaron al puente carretero. Ya caía la tarde y es dudoso que alguno de ellos olviden el dramático espectáculo que les fue dado presenciar. Muchedumbres de nubes violetas rodaban sobre el caserío de Paso de los Toros, que junto con la aguja de piedra de su histórica iglesia, se delineaban contra el resplandor frío que procedía del cielo. Engrosadas por el nuevo desagüe, las aguas del río Negro corrían ahora en forma enloquecida, arrastrando toda la vegetación verde y hasta algunas ovejas, que habían encontrado a su paso con repentina ferocidad.

El río profundo corría en forma temeraria y el sol muriente le daba un fiero brillo de navaja, pintaba aquí y allá algún rubí de sangre, que desaparecía de improviso, al caer en las guedejas negras de los empumajeantes remolinos de forma centrípeta.

Rápidamente, con una intensa determinación, crecía la corriente, adoptaba formas extrañas y abotagadas, formas de sensualidad que eran como el símbolo de su nueva emancipación.

Las casas y los árboles de Paso de los Toros yacían quietos y silenciosos. En un mundo de muerte, la única señal de movimiento y de vida estaba a cargo del agua en turbión que venía más allá de los campos, sin saber de consideraciones ni escrúpulos.

Y lo que estaba previsto se produjo y cada día las aguas del río siguieron avanzando sobre la ciudad.

Por entonces, algunos miles de sus habitantes encontraron refugio en lejanas ciudades. Otros acamparon a las puertas del centro poblado acantonándose a ambos lados de la polvorienta carretera.

Después de veinte días, el río, ese río dotado de inconmensurable poder, tanto para el beneficio como para la destrucción de las tierras y de los habitantes, permitió el regreso de los moradores de Paso de los Toros.

Ahora, muchos de ellos vuelven a mirar el río que se ve como siempre: deslumbrante.

La ciudad recobra cada día su fisonomía de ayer. La risa vuelve a ser una evidencia feliz en el rostro de los pobladores. ¡Adiós inquietud! ¿Qué mayor gloria que poder volver a dormir de nuevo en casa sin ningún recelo? Volver al hogar que se creía perdido, es un sentimiento venerable para cualquiera de estos uruguayos verdaderamente estoicos.

Para los que vuelven, todo objeto inanimado significa algo personal y afectivo. Todo lo que los rodea son sus cosas amigas. Sus tesoros de antaño. Estimados como se estima sólo la primera juventud que no vuelve.

Regresaron los niños y los viejos. Los hombres y las mujeres. Los venturosos y los desposeídos. Todos formaron la larga caravana del regreso, la larga fila que los vincula a la inmensa comunidad humana. Todos traían en las manos algo de lo que habían llevado. No era mucho, en verdad. Algunos jamás perdieron la esperanza. Otros imaginaron en la gran jaula de la noche que todo estaba irremediablemente perdido.

Pero he aquí, que de repente abre la mañana y el sol vuelve a levantarse sobre el horizonte de Paso de los Toros, para iluminar las queridas escenas familiares de ayer y de siempre.

El río brilla en las noches de luna, hoy, igual que hace doscientos años. Para muchos, el abandono de su ciudad y su hogar, parece que no fue sino un sueño. Y es que todos ellos amaban tiernamente el terruño. De tal modo, que la pesadilla que los abrumó ha desaparecido como nieve fresca en el sol.



La pequeña ciudad de Paso de los Toros parecía que iba a desaparecer del mapa del Uruguay.



La virgen de la jofaina.

Al producirse el arribo de los que llegaron primero, hubo escenas de una calidad humana por cierto inenarrables. Es que demasiadas personas han nacido en esas casas. Demasiadas han reído y llorado. Demasiadas frecuentaron la vida y la muerte en sus apacibles ámbitos. Cada tres y cuatro personas que volvían, formaban un grupo social emocionante. Aquí una madre ocupándose de mostrar a un recién nacido que llora, la casa abandonada y ahora vuelta a recuperar. Más allá, dos niñas soltándose del apretado racimo familiar, para mirar lo poco que queda de su antigua vivienda arrastrada en sus dos terceras partes por la impetuosa corriente.

Más lejos, las lágrimas corren por las mejillas de una muchacha que se para con su madre frente a la finca que volverá a ser suya. Sus caras reflejan por igual la esperanza y el miedo. Y como en "El jardín de los cerezos", cuando Lubova Andreievna regresa a su antigua heredad y le pregunta a su hija Ania: "Angel querido, ¿estás contenta de hallarte de nuevo en casa? A mí se me figura un sueño", estas dos mujeres isabelinas que vuelven incrédulas a su hogar, adquieren en su elusividad, la talla de figuras dramáticas de Chejov.

En cada cuadra se va reconociendo, casa por casa. Aquí la de un herrero, allí la del panadero que surte de pan fresco a la villa, o la del jefe de telégrafos, o la del médico, o la de la muchacha más linda del pago, que por serlo, tiene los labios de color de cerezas maduras.

Todo camino lleva hoy a Paso de los Toros, que ha entrado definitivamente en la leyenda. Porque acaba de vivir "su" historia. La vida y la alegría vuelven a hacerse presentes con su sonrisa de vivos colores. Una vida nueva renace en la comarca. Sus pobladores miran el porvenir y la primavera pronto tornará. Porque ahora saben, en lo más hondo de sus generosos corazones, que la adversidad dura lo que se sabe esperar y no más.

J. R. CRAVEA

(Especial para EL DIA)



Esperó confiada en volver. Sola, escuchando solamente a su corazón y el canto de sus pájaros.



Los pequeños de todo el mundo son los mismos. Y los de Paso de los Toros reflejan la alegría azul de su cielo.

LA BIBLIOTECA DEL PODER LEGISLATIVO

Vista general del gran salón de la Biblioteca.



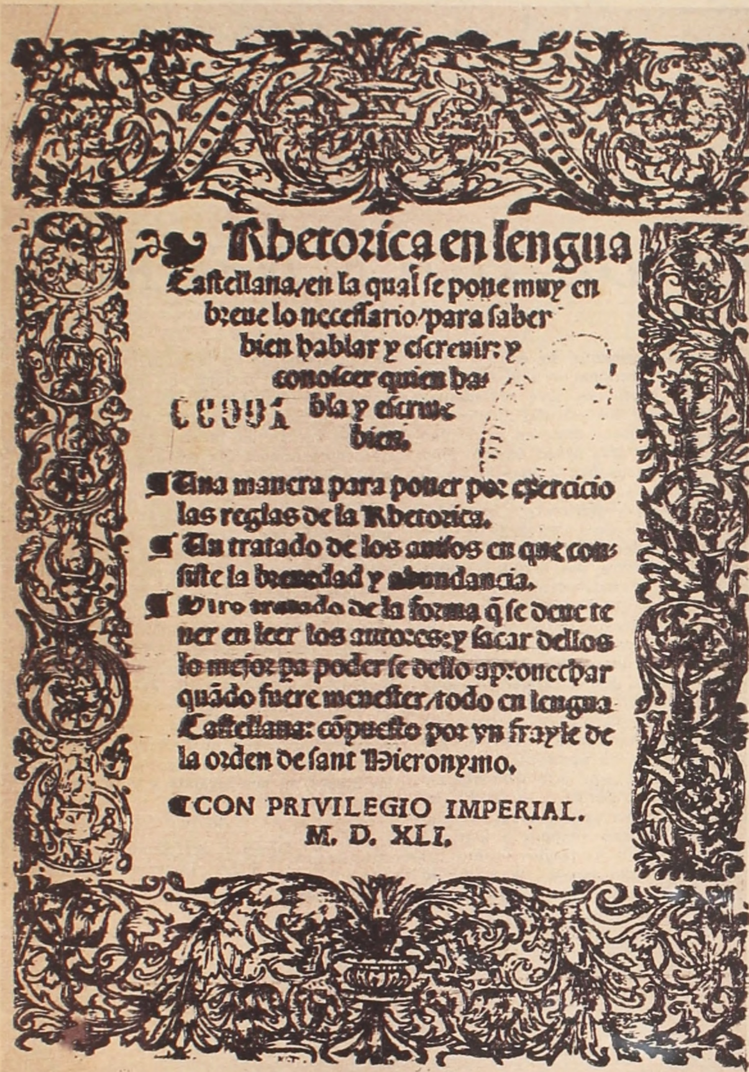
Orden superior de los anaqueles. Obsérvese la bella baranda con los calados realizados en bronce.

La ley del 30 de junio de 1929 creó la Biblioteca del Poder Legislativo, poniendo un valioso instrumento al servicio del legislador, quien encuentra en ella un rico venero para enriquecer sus conocimientos y para asesorarse en los problemas que continuamente se le presentan cumpliendo su cometido como diputado o como senador.

En verdad, lo que hizo la ley, fue fundir en un solo organismo dos bibliotecas ya existentes: la de la Cámara de Representantes creada en 1884 y la del Senado establecida en 1910. A estas dos bibliotecas se les destinó en el Palacio Legislativo un gran salón en el piso alto y anexas a él seis amplias salas; el rápido crecimiento de ambas (fundidas como acabamos de decir, en una sola desde 1929) pronto desbordó los anaqueles que se les destinaban y los libros comenzaron la conquista de nuevos ambientes en otras zonas del Palacio llegando a sacar provecho de increíbles espacios sobre los techos de las cámaras, de corredores, de vanos de comunicación, de lugares para tránsito de servicio. El Director de la Biblioteca, el señor don Secundino Vázquez que desde hace cuarenta años vive entre esos libros, cuenta con legítimo orgullo cómo ha visto crecer su pacífico ejército hasta alcanzar hoy el apreciable número de 135.000 volúmenes. Tan importante material tiene para su conservación un personal idóneo cuyo cometido no es sólo "administrar" esos volúmenes, sino también cumplir otros importantes servicios como son los referentes a la microfilmación y fotoduplicación; la confección de bibliografías especializadas sobre tópicos de leyes en discusión o temas a tratarse en congresos determinados. Muchos de estos trabajos, por precisión y enjundia, han merecido elogios de ultrafrontera.

Si bien por su carácter esta Biblioteca no puede especializarse en una sola rama, también por ese mismo carácter tiene secciones, como las de Derecho Civil, Derecho Laboral, etc., formadas por riquísima bibliografía. En una especial cámara blindada se custodian sus obras más preciosas, entre éstas recordamos una muy rica colección de libros (de los siglos XVII, XVIII y XIX) sobre la historia de Venecia.

El primer número ordinal de los volúmenes fue dado al libro más antiguo que posee: *"Rethorica en lengua Castellana en la qual se pone muy en breve lo necessario para saber bien hablar y escrevir; y conoscer quien habla y escrive bien"*. Esta



Rhetorica en lengua Castellana/en la qual se pone muy en breue lo necessario/para saber bien hablar y escreuir: y conoscer quien habla y escriue bien.

¶ Una manera para poner por exercicio las reglas de la Rhetorica.

¶ Un tratado de los autos en que consiste la breuedad y abundancia.

¶ Otro tratado de la forma q̃ se deue tener en leer los autores: y sacar dellos lo mejor pa poder se dello aprouechar quãdo fuere menester/todo en lengua Castellana: cõpuesto por vn frayle de la orden de sant Hieronymo.

¶ CON PRIVILEGIO IMPERIAL.
M. D. XLI.

Portada del libro más antiguo de la Biblioteca. Es una obra, de carácter no suntuario, salido de ilustre prensa en Alcalá de Henares en 1541.

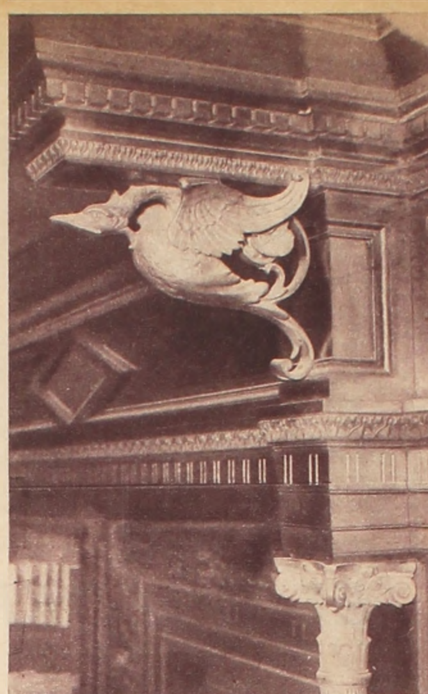
obra, impresa en 1541, lo fue en Alcalá de Henares por Juan de Brocar (o Brocario) hijo y colaborador de Arnaldo Guillermo de Brocar el célebre impresor de aquel momento de la imprenta universal que es la Biblia Complutense (de Complutum, antiguo nombre de Alcalá de Henares); esta obra —llevada a cabo por iniciativa del Cardenal Cisneros— consta de seis tomos impresos en los años 1514-1517 presentando el texto en latín, griego y hebreo. El ejemplar impreso por Brocar que conserva la Biblioteca del Palacio, aunque no tiene la apariencia y forma de las ricas obras salidas de sus prensas, no deja de tener la aureola que le viene de tan ilustre cuna.

Los ambientes primitivamente destinados a la Biblioteca fueron concebidos y decorados por el Arq. C. Moretti; la sala principal ha sido totalmente revestida con dos órdenes de anaqueles realizados en rica carpintería y en un llamado "estilo pompeyano"; toda la obra está llena de exquisitos detalles, ya sea por las taraceas que enriquecen las superficies libres, sin excluir sus tres bellas puertas, como por los bronces primorosamente modelados y fundidos para crear capiteles, fantásticas ménsulas, patas de mesas, brazos de sillones. Cubre también el cielo raso un rico artesonado de madera. Todos estos trabajos fueron realizados en la fábrica del Arq. Enrique Monti en Milán bajo la supervisión del Arq. Moretti.

En el centro del gran salón de la Biblioteca se encuentra la bella maquette del monumento a Artigas modelada por Angel Zanelli; esta pieza de alto valor artístico fue adquirida por la Comisión del Palacio Legislativo a la persona que la hubo en obsequio del mismo Zanelli. Otra escultura que se muestra con especial admiración en el mismo salón, es un calco de la Venus de Milo vaciado en Colonia (Alemania) y que efectivamente es una excelente reproducción de la célebre estatua griega que esculpida a fines del II siglo a.C. es hoy una de las glorias del Museo del Louvre.

Las bibliotecas constituyeron siempre la expresión más elevada de la cultura de los pueblos a través de toda la historia (Egipto, Caldea, Grecia, Roma, Edad Media, Renacimiento) y son todavía hoy los colaboradores indispensables del estudioso y del investigador. La Biblioteca del Poder Legislativo por su carácter de instrumento vivo del legislador, exige que ella, para poder cumplir con los fines de su creación, disponga de un caudal bibliográfico cada día más extenso y que sus oficinas de catalogación y demás servicios trabajen con el máximo de eficiencia; todo esto, hoy en verdad, se ve impedido por la insuficiencia de los locales, por ello, el mismo legislador ha de buscar una pronta solución a tan grave problema que no es otra que levantando en las adyacencias del Palacio los locales para una legítima y lógica expansión de sus dependencias y de sus servicios especializados.

La Biblioteca hállase abierta al público en general pudiendo usarse con toda libertad el rico material que ella posee; y es lástima no ver aprovechado un poco más



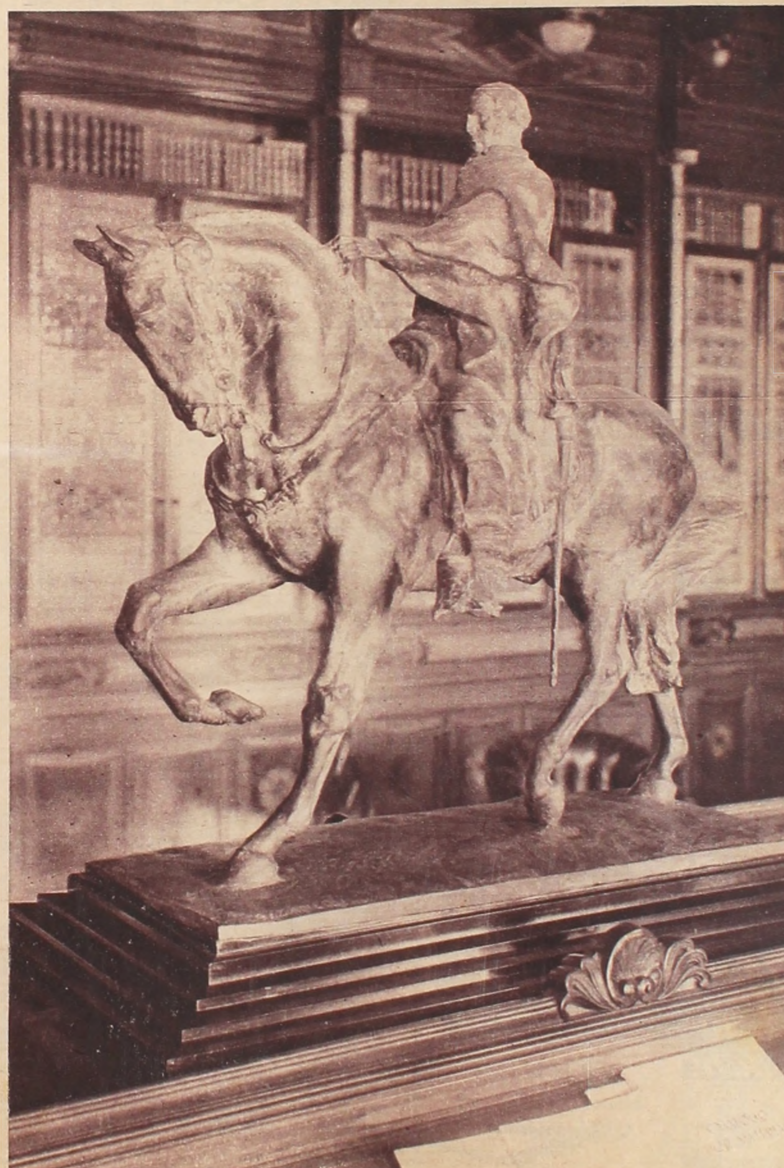
Capitel y ménsula ejecutados en bronce



Detalle ornamental de una mesa fundido en bronce.

su caudal de obras por el estudioso y tanto más que para su labor no sólo cuenta con las grandes colecciones de libros, diarios y revistas, sino que además cuenta con la colaboración valiosísima de un personal dispuesto siempre a ayudar al lector y al investigador en sus deseos y en sus trabajos.

Luis BAUSERO
(Especial para EL DIA)



La maquette del monumento a Artigas fundida por A. Casandri en Roma.

El Dr. Antonio Oliver, distinguido escritor español, es actualmente Director del Seminario-Archivo "Rubén Darío", de Madrid. A la nueva luz que arrojan materiales desconocidos hasta ahora, está escribiendo una biografía del gran poeta nicaragüense, que será de enorme interés por los elementos en que se documenta.

UNO de los verdaderos tesoros espirituales que conserva el Archivo de Rubén Darío es un cuaderno de hule negro, registrado con el Nº 540 del acervo documental y que se incluye, por derecho propio, en la Sección de Autógrafos del poeta. En su interior, este cuaderno ofrece una apariencia sucia y deteriorada, hija en gran parte de la dura acción del tiempo. Así, el dorso de las cubiertas muestra pinturas infantiles trazadas con lápices de color y, más adentro, observamos sucesivamente unas misteriosas claves telegráficas, unas copias en incipiente letra femenina de algún capítulo de *Oro de Mallorca* y, lo que es fundamental, composiciones autógrafas de Rubén, unas manuscritas a tinta y otras a lápiz.

El original del "Poema del Otoño", mutilado al principio, a partir de la estrofa que empieza "¿Para qué las envidias viles?", está no ya completo, sino con tres estrofas más que en la versión de los libros. A este poema sigue "Canción Otoñal". Después, a lápiz, hay tres páginas escritas y cuatro en blanco, hasta que nuevamente encontramos versos y versos. Así llegamos a unos dirigidos, sin duda, a la juventud nicaragüense en 1907. Porque hemos de decir que este cuaderno de hule negro atravesó el Atlántico con el poeta en 1907, estuvo en Panamá, en muchos lugares de Nicaragua, entre ellos la isla del Cardón, y volvió a España con su dueño, no sin antes detenerse en la capital neoyorquina. La "Canción Otoñal" fue escrita a bordo, como igualmente otros versos al colombiano Carrasquilla Mallarino, quien acompañó a Darío en el viaje de regreso. Por cierto, que es gracioso y anecdótico declarar que, cuando Rubén llegó a Nicaragua portador de este cuaderno, arribó con barba cerrada de la que se despojó, como un latino, en Nueva York, ya de vuelta a Europa. Rubén no le fue muy fiel a su barba, que se afeitaba o no se afeitaba por temporadas, al contrario que Juan Ramón Jiménez, siempre adicto a su rostro de árabe melancólico.

Mas saber q' de amor fragante
Venus es luz—
mas es un divino diamante
Cristo en la Cruz
Yo no se a qué dulce horizonte
nunca he podido separar
a Cristo en su cruz en el monte
y a mi Venus sobre la mar.

Facsímil de dos estrofas citadas en el texto.

EL CUADERNO DE HULE NEGRO

Pero no nos apartemos de los jóvenes nicaragüenses. Los versos a ellos dedicados, de medida fluctuante entre cinco y nueve sílabas, se agrupan en estrofas de cuatro, si bien en la última se alcanza el isosilabismo, con una cuarteta eneasílaba. En las estrofas primeras, como ya hemos dicho, el poeta se dirige a la juventud, a la que da unos determinados consejos: *"Jóvenes en quienes son / garras y dientes; / tened eso y el corazón / para las gentes. / Agarrad y morded de modo / que al agarrar / vaya algo del salitre y yodo / que da la mar. / Poned al hierro del combate / hierro de guerra..."*.

Y tras este fermento de cívicas rebeldías, que pertenecen mejor a la épica que a la lírica, el poeta nos abre su auténtico ser y escribe las dos estrofas finales que creemos inéditas hasta ahora en su resplandeciente belleza: *"Mas sabed que de amor fragante / Venus es luz; / mas es un divino diamante / Cristo en la Cruz. / Yo no sé en qué dulce horizonte / nunca he podido separar / a Cristo en su Cruz en el monte / y a mi Venus sobre la mar"*.

El Rubén de estas dos estrofas cuaternarias es el verdaderamente auténtico. Porque en ellas se da la dualidad entre Paganismo y Cristianismo, constante de la poesía rubeniana y, en general, de la modernista, aunque con notable diferencia de una estrofa a otra. En la primera, la antinomia paganía-cristianismo es pura escolástica, mas en la última ya es vida palpitante. Porque en verdad, esta segunda estrofa, constituye una autoconfesión sincera del poeta, dicha con extraordinaria euritmia acentual y referida a su modo inequívoco de entender la existencia. El culto de Venus le llevó siempre a Darío a múltiples y repetidos naufragios íntimos: el de Cristo, le ofreció playas de salvación y de gracia. Toda la vida del poeta fue una atracción de los siete pecados capitales y de las siete virtudes, los príncipes rojos y las doncellas blancas de su poema "El reino interior". La misma problemática es la que recoge en la cuarteta eneasilábica que comentamos. Sin embargo, no creamos que va a decidir nunca entre las dos atracciones. La antinomia la resolverá sólo la muerte y su vida será nada más y nada menos que una alternancia entre lo venusino y lo cristiano, entre el pecado y el arrepentimiento. El alumno en León de los padres de la Compañía fue luego un obstinado amoroso. Y el obstinado amoroso sintió a veces no haber sido, a su oportuno tiempo, uno más de aquellos padres. Todo esto que representa la cuarteta aludida no es ninguna novedad desde el punto de vista analítico de la poesía rubeniana. Lo extraordinario radica en que tal testimonio nos lo dé un cuaderno de hule negro, sucio y deteriorado que, cuando se tiene entre las manos, se nos agranda y dora como un viejo infolio.

Antonio OLIVER

Director del Seminario-Archivo
Rubén Darío de Madrid

(Especial para EL DIA)



Durante cuarenta años, el archivo de Rubén Darío estuvo celosamente guardado en este lugar hosco, con la sierra de Gredos como muralla y los altos chopos como centinelas. Su rescate para la cultura nos parece una labor más arqueológica que literaria. Y cada papel es como una antigua vasija arrancada a la tierra, que nos devuelve el frescor y la palpitación de los días del poeta.

EL MUNDO POETICO DE CARMEN CONDE

MUJER de recia envergadura lírica, en plena madurez de talento y en plena posesión de una cultura poco frecuente, Carmen Conde es una de las escritoras más representativas del actual movimiento poético de España.

Nacida en Cartagena, ha vivido en el Marruecos español, en Barcelona, en Valencia, en El Escorial; ha recorrido algunos países europeos, y reside en Madrid, formando con el doctor Antonio Oliver Belmás, notable poeta, uno de esos raros matrimonios de intelectuales bien avenidos. Viajes y estudios abonaron una mente dúctil y poderosa, y por igual en la prosa y en el verso Carmen Conde afirma una personalidad de relieve, de valía genuina, porque une a las virtudes de la sensibilidad el don de una inteligencia lúcida y organizada, que convierte las especulaciones del intelecto en el instrumento de una preocupación trascendente para superar, sin tregua, los conflictos que plantea en el espíritu la eterna antinomia del sentimiento y la razón.

No es fácil juzgar sin yerro a los contemporáneos; toda apreciación al respecto es provisoria, susceptible de enmiendas y aun de revocaciones, y peca por fuerza del inevitable lastre de la subjetividad. Porque el lector, el espectador, el crítico, el mero gustador de arte, libro, poema, cuadro, estatua, sinfonía, no puede desceñirse de su propia intimidad y es a través de ella que juzga todo. Por eso miramos siempre con cautela, que no es por cierto economía de entusiasmo ni afán de reducir méritos, la obra que nace al tiempo que vamos viviendo, para no incurrir en el aplauso cándido o la negación mezquina —y en todo caso preferimos caer en lo primero. Desde ese procurado mirador de ecuanimidad y desprejuicio, desde hace mucho vemos crecer la poesía de Carmen Conde como una fuerza afirmativa y sustancial, testimonio de una briosa vida interior que restalla incontenible en la creación, para ubicar a su autora dentro del linaje de los mejores poetas vivos de nuestra lengua.

Difícil circunstancia rodea el orbe lírico de esta española excepcional. La posesión de una anchurosa inteligencia suele ser un agravante, cuando se dan juntas las condiciones de ser mujer y ser poeta. Hay en sus poemarios no sé qué indefinible y dura, casi violenta y despiadada energía de pasional vertimiento, que orla de patetismo su exaltado mensaje. Alguien ha señalado con justicia, su ímpetu y su angustia, y una "fiereciedad desacostumbrada en una mujer". Un clamor antiguo avasalla su garganta, como si en ella se consumaran vehemencias remotas, atorbellinados reclamos de carne y alma, alzándose en el remolino erótico la chispa celeste que poetiza la envoltura carnal y pasajera.

Libro singular de su nutrida bibliografía —que involucra asimismo además del verso, la novela, la biografía y el ensayo—, es *"Mujer sin Edén"*, especie de alegato dramático, testimonio de Eva desterrada, que narra la aventura primigenia, el descubrimiento de un mundo donde existe la caducidad y la muerte, por oposición a la gloria inmarcesible del Jardín vedado para siempre: *¿Era tan inefable el Paraíso?/ ¿Fue tan bella en su inocencia/ la mansa ignorancia de los seres?/ También yo fui cual ellos inocente/ después de amarle a él seguía amándolo/ El Angel y su espada me acusaron.* Y sus ira por el bien irremisiblemente perdido: *¡Amor de mi Jardín, Edén primero...* Ahora la Culpa los ha vuelto perecederos, pero Eva acata el plazo mortal casi con gratitud: *¡Tendrás hombres; de hombres océanos,/ que mi cuerpo querrá brotarle al mundo!/ Eternos, no. Gracias, Jehová. Eternos no.* ¡Qué rebeldía encierra ese agradecimiento por ahorrar a los hombres la inmortalidad! El libro mantiene un acento de sostenida pujanza, y tremolan a ratos la imprecación y la elegía. No hay arrullo ni terneza: la primera mujer de la tierra debió ser enhiesta y aguerrida para sobrellevar su condena, la soledad estremecedora de las primeras noches del planeta, el acecho del silencio y del miedo, la tiniebla de un mundo que comenzaba a ser. La concepción de Carmen Conde el plan de la obra, su hondo contenido, el seguro dominio expresivo con que humaniza la historia bíblica, revelan de inmediato la presencia incuestionable de una escritora adueñada cabalmente del quehacer poético.

Volvemos a advertir la misma maestría en *"Iluminada Tierra"*, de 1951. El monólogo personal, la revelación directa de su yo, se desbordan en un estilo de vigorosa contextura, raro en pulso femenino, sin concesiones ni debilidades ni aun en los momentos en que se siente despojada de toda esperanza. Hay un tono combativo, desafiante, una herida que no se resuelve en lágrimas fáciles sino en encrespada rebelión. Se retrata con desnuda sencillez: *Encerrada en el bosque de un cuerpo existo./ Atada a los brazos y a las piernas/ de una mujer que es firme, recta y dura;/ de una mujer que ya lo ha sido todo/ y que no se cansa de tenerme en ella.* Diríase que se desdobla para observarse mejor. Hasta el amor es un vino cálido de embriaguez y delirio; no dulzuras sino padecimiento; la ternura y el desmayo son para otros; para ella, la correntada, la pánica conmoción de raíces, algo más alto que la vida misma: *Solamente tú y yo (una mujer al fondo/ de ese cristal sin brillo que es campana caliente)./ vamos considerando que la vida..., la vida/ puede ser el amor, cuando el amor embriaga;/ es sin duda sufrir, cuando se está dichosa;/ es, segura, la luz, porque tenemos ojos./ Pero, ¿reír, cantar, estremecernos libres/ de desear y ser mucho más que la vida...?/ No. Ya lo sé. Todo es algo que supe/ y por ello, por ti, permanezco en el mundo.*

La existencia llevada tensamente, no puede deparar remansos de dicha, esos espejismos de un día que a veces remedan la felicidad genuina, siempre que los estafados no descubran la falacia. A Carmen Conde es difícil que le escamoteen la verdad: se conoce a fondo y de ahí proviene esa marejada salobre, áspera y dolorosa que asoma en su canto. Y en los poemas recientes de *"Los Monólogos de la Hija"*, editados este año, ofrenda a los ochenta años de su madre, se acentúa esa modalidad artistada, que utiliza una estrofa popular dándole prestancia trascendente, el metro de la copla española a la que confiere aristocracia interior, que es la elegancia del sentimiento. Hay desgarradura, pena, trance elegíaco, pero el pudor atempera las efusiones y les pone mordaza, advirtiéndose la nostalgia más en lo que se adivina que en lo que se dice.

Es el soliloquio de la mujer en rica madurez, que ha visto envejecer a la madre y también a ella agrisársele los cabellos, y retrocede en el recuerdo recreando la memoriosa instancia de una juventud soñadora, introvertida, mal comprendida tal vez en sus vitales exigencias: *Estaba viendo las nubes.../ Estaba mirando el cielo.../ Debajo de mí la tierra/ como un caballo, corriendo./ Naranjas desde las ramas;/ cuajados, los limoneros;/ y un mediodía de amor/ entre mis labios sedientos./ Yo no era la que era,/ la que soy iba naciendo...* Junto a la madre anciana, la poetisa despierta su ayer, rememora cicatrices: *Porque esperar era malo,/ porque esperar era loco:/ porque el amor, si se espera,/ es un dolor como pocos./ Y llegaron los abriles/ y se me fueron los junios/ y luego vino el otoño/ y el invierno, y en ninguno/ de los meses de esperanza/ llegó la voz con su cuerpo;/ y me fui quedando yerta/ debajo del firmamento.* La vida al irse gastando deja detrás como saldo un puñado heridor de remembranzas y melancolías. Y la mujer pensativa que discurre en voz alta nos parece albergar un sellado encono, una recriminación a la madre por no haberse prodigado en ternura: *Guardaste tanto la tuya/ que nunca mojó mis labios./ Tuve sed, me señalaste/ una copa de buen ácido./ Bebí como bebo siempre:/ con desmesurados tragos./ La verdad es que no apagué/ ni la sed ni el arrebato.* Reitérase la sutileza del reproche: *Estabas tú en tus altares,/ exigiéndonoslo todo./ Y yo dejé que pasaran/ los años, uno tras otro.../ Tengo los cabellos grises y el latir reconcentrado./ Nos has vencido. Persistes/ a la sombra de mi árbol,* reconociéndose la parte de culpabilidad que a sí propia podría atribuir: *Comprendo que no es sencillo/ ni gozoso ser mi madre.*

No. Sin duda este libro no es una filial alabanza sin reservas: fluye bajo las estrofas una lastimadura viva, herida sin restañar que los años no curaron. Resalta más vívida la autenticidad del poema, el relato veraz de un alma que se explica y ... ante todo para sí, no para su interlocutora, la evolución sensitiva experimentada sangre adentro, sin compartir ese mendrugo de pequeñas cosas gratas que a veces hacen la dicha menuda de cada día. Lo que se guarda así de hermético y altanero termina por emponzoñar la existencia. ¡Y qué bien —y con qué desdén— nos dice Carmen Conde, en dos versos rotundos, esa triste facultad humana de empequeñecer lo bueno que pudo ser nuestro, con la mácula de las ingratitudes y las crueldades innecesarias: *Los hombres son esas cosas/ que los hombres van pudriendo.*



CARMEN CONDE

Poética noble y vibrante, la suya, desprovista de accesorios, sin superfluidades, sin anécdotas. Lo episódico no entra en ella. Es un árbol de ramaje fuerte al que las sacudidas del vendabal pueden arrebatar frutos y follaje, pero respetándole la raíz. Así se nos representa el verso ardido de Carmen Conde, en esta hora culminante de su creación, que reitera ante el auditorio poético de nuestra lengua, el rango tradicional de la mejor poesía española.

Dora Isella **RUSSELL.**

(Especial para EL DIA.)



La señorita Liliana Alice Pisani Lambiaso, en la reunión celebrada en el domicilio de sus padres, con motivo de festejar sus 15 años.



El templo tumba de la reina Hatshepsout, incorporado al impresionante paisaje del valle, en la zona de Deir-el-Báhari.



La pirámide de Dahshur, de doble pendiente y manteniendo parte del revestimiento original; está al Sur de Sakarah.

NILO ARRIBA

UNA vieja tradición quiere que aquel que haya bebido el agua del Nilo, quede inevitablemente morando alrededor de sus orillas, en el ámbito prodigioso de la tierra negra. El proverbio puede tener explicación lógica por su lejano origen: en medio del desierto africano, lograr el deslumbrante acercamiento a un valle fértil, al que se llega penosamente y al que nuevas penurias de traslado separa de otros lugares hóspitos en mundo de tan difícil abarcamiento, es suficiente motivo de estrecha y hasta tozuda unión de país y hombre; se trataría, entendámonos, de un hombre que, por pura presencia circunstancial descubriera allí la posibilidad de una para él inédita y más feliz aventura. Pero sea esa u otra la explicación, también cabe prescindirse de interpretaciones; uno las enuncia para dar noticia de que, pese a todo, se mantiene a salvo cierto equilibrio mental. Y hecho, cumplida la demostración para tranquilidad de los otros —la propia ya no importa—, más vale admitir la afirmación con todo lo que ella tiene de presunto ritual mágico.

No es difícil beber agua del Nilo; al fin resulta inevitable en el país de un solo río. Por otra parte, es un agua deliciosa; ya que —repito lo que más de una vez afirmara desde estas mismas páginas; el agua tiene sabor y todas las características de anonimato sensorial que a su respecto nos enseñan desde la escuela, corresponden a un producto químicamente puro y normalmente desconocido. O sea: no se refieren al líquido que bebemos. Pues bien: el agua del Nilo puede compararse en calidad gustativa a las de Atenas, Madrid y Roma que son, por su orden, las que más estimo. A esto que es —ya lo sé— una apreciación puramente personal, se agrega el hecho —este, estadístico— de que, a diferencia de lo que acontece en Grecia, España o Italia, el vino ha de considerarse en Egipto, bebida menos que secundaria.

Pero uno puede beber el agua prescindiendo del placer que provoque, por el deseado cumplimiento de su atributo mágico. También se echan monedas en la fuente de Trevi en Roma o en el cauce del Sena en París obedeciendo a razones tan prelógicas, aunque menos comprometidas: allí, al fin uno aspira a retornar; en Egipto se debiera dar la circunstancia de permanecer. Y no arredra imaginar su cumplimiento. Pero ocurre que presionan otras circunstancias y, alguna vez, el viajero o el nativo se alejan. ¿Falta de seriedad por parte de las supersticiones? No. Beber el agua del Nilo implica haber estado en Egipto; el hecho de que el país se ubique tan sólo en una parte de su recorrido, es una precisión geográfica que no merece tenerse en cuenta para estas cosas; y ese haber estado, ese haber tenido la posible pero inexplicable vinculación sensorial y emotiva con Egipto, es lo que, precisamente, determina la creación impulsiva de finos y fuertes hilos de unión indisoluble. Porque, al fin, es la concreción de un prodigio. ¿Podemos asegurar que cumplir allí, por primera vez trámites de aduana, implica, necesariamente, que sea la vez primera que allí estamos? Claro: la pregunta es muy hábil; ya contiene su respuesta. Pero adoptarla como tal, es, asimismo, caer en el tembladeral de la fantasía aplicada. No obstante, habiendo ya admitido el inquietante placer del encantamiento, voluntariamente atrapados en él, no vamos a cometer la tontería de ser lógicos. Sólo resulta correcto, comprobar. Cuando uno va a Egipto, ya la actitud es diferente a toda otra actitud de viajero. Y como los límites del asombro presunto son impredecibles, hasta ese, imposible, del reencuentro puede darse. ¿Es que atravesar el Nilo puede ser lo mismo que atravesar el arroyo Pando?

El Nilo, las pirámides, los viejos templos tebanos, la isla de Filé son, así enunciados, en la simple expresión inconcreta de sus designaciones, un estupendo motor de sugestiones. Sus imágenes nos son conocidas de antiguo: como las de los antepasados de familia que se encuentran en el álbum familiar, como el esquema del tubo digestivo que aprendimos en el viejo texto de la escuela. Así de conocidas; esto es: imposibles. Su conocimiento proviene de una información real, tan aceptable en su veracidad, como intangible. Pero un buen día —ese día que no llegará para el tío abuelo de enhiestos bigotazos ni para el bolo alimenticio— estamos sobre el Nilo, entramos a la pirámide, tropezamos en Lucsor, descubrimos la parte alta del pilono del templo de Isis por encima de las aguas que el dique de Assuan levanta. Y esta experiencia, que implica rememoraciones incontrolables y abre las perspectivas del asombro, es algo que puede estarnos reservado.

De esto no saben nada o saben muy poco los egipcios. Uno acaba por compadecerse de ellos, aunque manteniendo la sana envidia que por su oportunidad de vivir



Un obelisco inacabado en la formidable cantera de granito de Assuan.



Detalle del templo de Hathor,
Assuan

...li nos merecen. Porque ocurre que, para ...n habitante de El Cairo, por ejemplo, el ...erfil de las pirámides resulta cosa fami...ar, casi doméstica. Y no falta quien los ...a para lograr un modus vivendi. ¡Vivir ...e las pirámides! ¿Udes. se dan cuenta? ...os individuos están vacunados contra el ...isterio. El prodigio les resulta familiar, ...los no entenderán nuestro temblor, o lo ...mitirán como un hecho repetido. Al fin, ...n muchos los que antes de nosotros han ...teriorizado emoción similar. No obstan... conocí personas mayores, habitantes de ... Cairo, que no habían visitado nunca las ...inas solemnes de Sakarah. Pero no pro...nía la omisión de una actitud de mera ...escindencia, de subestima; simplemente ...i trata de gente que pueden ir allí ma...na u otro día. Sakarah está a dos horas ...media en auto de su casa. Si; eso puede ...ontecer: son muchos los que tienen la ...mba escalonada del rey Zoser en los al...ededores de su morada e ir a verla les ...ulta una posibilidad de fin de semana. ... también los envidio. Pero lo cierto es ...e ellos no sabrán nunca en qué consiste ...amorosa inquietud de llegar hasta aquel ...onumento, pensando que puede ser la ...ima vez, aunque sea también la primera. ... lo hondo — en esa profundidad de los ...eos inconfesados — uno anima de inme...ato la voluntad de volver. Y aunque vol...r significa un intenso y complejo sacri...io, al mismo tiempo se admite que toda ...ficultad, aún la más penosa, merece ser ...cada en mérito a tan fecunda razón.

...Si a uno lo alcanza el crepúsculo en ... interior de Lucsor; si, angustiado por ... fuerza de esa emoción no reeditable ja...s, llega rápidamente la noche y es la ... de la luna llena, brillante en un cielo ...l luminoso, la que descubre la estatuilla ... la Reina Nefertari en el primer patio ... templo; si uno se enamora de ella co... inevitablemente debe pasar y si, acu...ando la inexplicable aventura, se man...ne la idea angustiosa de que es esta ...única vez en que tal cosa sucede, en...ces se comprende por qué nunca más ... evadirá uno del Egipto.

...Beber el agua del Nilo es, repito, la ...agen poética de la simple comprobación ... haber estado en la región de la tierra ...ra. De haber estado: esto es, de haber ...cho sentir el peso de nuestro cuerpo en ... barca que atraviesa el río, en la tierra ... valle, en la arena del desierto, en las ...as de Karnak, quizá sobre las inexis...ntes huellas de algún Amenofis; haber ...ido es haber sentido el aire, que es el ...s SHU y la luz del sol que es Ra. Y no ...ontece impunemente lo que en otras con...ones debe admitirse como natural sim...za del diario vivir. Efectivamente y co... consecuencia, uno queda ligado; indiso...lublemente ligado. Ya las imágenes y la incitación memoriosa a que impelen, tienen otro alcance de realidad sentida: vista, palpada. Se nos queda en la piel y en lo hondo del ojo. Lo llevamos con nosotros. Hemos adquirido una pizca del sentido de la eternidad.

No salimos más del Egipto porque, al fin entramos en él; y eso para mí es tan cierto como el ruido de esta máquina con la que escribo en un lugar de Montevideo. También atravesé sin temor, la señal de peligro del camino que lleva al cómodo reino de lo absurdo. ¿Va Ud. a traer más fotografías de lo que está tan fotografiado? Torpe. Si saca una toma de Horus sobre el cielo limpio, todos dirán que es un simple halcón y el documento demostrará lo contrario de lo que Ud. pretende. Mejor resulta traerse la vivencia y acariciarla.

*

¿Saben Udes. que también hay una historia egipcia después de la muerte de Cleopatra? Sí; entienden que debe haberla, pero lo cierto es que, en gran parte, la ignoran y que eso no les quita el sueño. Cuando se habla de Egipto, se piensa de inmediato en la época de los faraones. Y cuando se visitan mezquitas y viejas iglesias o el palacio de algún sultán, se adopta actitud distinta a la que mueve al subir la larga escalinata de Deir el Báhari o al entrar en las mastabas de Mehú o de Ti. De todas maneras, los tres grandes museos de El Cairo — ¡y vaya si son importantes cada uno en su especie! — se llaman Copto, Islámico y Egipcio: y este último es, precisamente, el que contiene la colección de antigüedades de la extensa época que también nosotros limitamos así, con menos responsable fundamento. Por otra parte, esa mayor extensión de los aportes culturales del país se admiten sin mucho esfuerzo en El Cairo, que es una ciudad cosmopolita, de múltiple interés. Pero, Nilo arriba, las preocupaciones acucian en sentido más concreto. Y si lo que queda como saldo de un recorrido, aunque insuficiente, por el país es lo aparentemente exótico: camellos, velos negros tapando el rostro de algunas mujeres, fellahs cumpliendo el rito musulmán al borde del camino en el atardecer, es que el agua no ha surtido efecto.

El aire — Shu — es límpido. Y no hay manera de explicar hasta qué punto su luminosidad, su liviandad, su pureza, permiten la extensión de la visibilidad. El polvillo fino en el que uno se siente inmerso a su altura normal y más todavía, a la de un tren en marcha al borde del río, rumbo a la tierra alta del Sur, tampoco vela condición tan maravillosa. La vista descubre sin esfuerzo los viejos monumentos que se recortan a distancia totalmente imprecisa para nuestra apreciación, acostumbrada a otro aire que no es al mismo tiempo, dios.

En tanto que la lejanía se abarca, lo que en ella se encuentra y lo que más cerca se advierte, todo ello va insistiendo en la extraña creencia de que el tiempo no ha pasado; que somos intrusos en ese mundo anterior a Cleopatra, como lo sería un marciano en el nuestro. Algunas de esas barcas que atraviesan el Nilo tienen el exacto perfil que nos muestran los dibujos de la decoración de las tumbas más antiguas; ciertas chozas de barro al borde de la vía férrea son los imposibles modelos de esas maquetes de los tiempos faraónicos que acabamos de ver en el Museo Egipcio; aquellos campesinos que llevan el agua de río desde su cauce a planos superiores usan los mismos dispositivos que la ilustración de la antigüedad nos ha dejado. El tiempo no existe — y si existe no importa — en este mundo que puede usar de los adelantos de la modernidad sin que ellos alteren su más auténtica fisonomía.

El Nilo sigue su inmutable proceso de inundaciones periódicas. Y cambia el color como siempre. Y nutre al valle hasta definir con precisión matemática sus límites con el desierto circundante. Y es hermoso, como debió serlo siempre. Puede atravesarse en lancha a motor; puede estarse sobre él, en la noche, encima de una barca penumbrosa y acogedoramente dispuesta como pequeño cabaret flotante amarrado a la orilla, pero no pierde su carácter; no lo pierde tampoco cuando refleja los rascacielos de El Cairo; no cuando nos refleja a nosotros mismos, tan ajenos a él. Pero es en el atardecer o en la madrugada cuando adquiere su más inopinada irrealidad: cuando, en ese acontecimiento del paso de las dos luces, que allí es rápido — y más rápido por hermoso — los colores llegan a ser inverosímiles y su espejo se hace nacarino, fantasmal. En la inmediata noche, es negro, profundo; pero el cielo se enciende y las estrellas son más vivas que en ninguna parte. Es que todo ello forma parte de la teogonía egipcia y sigue demostrando su vigencia.

El viaje Nilo arriba va jalonando los hitos de la historia, viva a pesar de las ruinas; allí queda Menfis, más abajo, Tebas, luego Edfu, luego Assuan. El valle se abre y se encoge. El color de la arena se hace intenso y cada vez más oscuro; contrasta con la verdura, el cielo y el agua entrevista o largamente seguida en el recorrido del tren, cuyo traqueteo tampoco sirve para traernos a la pobre realidad que arrastramos con nosotros y con la que sólo volveremos a toparnos, una vez cumplida la hazaña. Los altos del camino afirmarán tan estupendo acontecer. En Lucsor se encuentran los restos impresionantes de los más grandes templos de la época tebana y los cientos de tumbas descubiertas en Deir el Báhari, en la colina de Sheij-Abdel-Kurná, en el Assasif, Drah Abú'n-Neggah, Kurnet el Murrayí y los valles de los Reyes. Y en Assuan, las islas — sumergidas o no — y esa inacabable cantera de granito que ha nutrido la edificación del Egipto hasta hoy, que dio los grandes bloques de piedra de construcciones para las cuales debió cumplirse un esfuerzo que no ha recibido, todavía, explicación satisfactoria. Pero que también llegó hasta el Líbano, hasta Turquía, hasta Grecia. Y sigue abierta y en explotación. Yo tampoco lo entiendo. Pero allí donde se acaba ahora por admitir que el tiempo no existe, y es posible estar inmerso en la más loca sensación de infinito, no vale la pena preocuparse por entender.

Fernando GARCIA ESTEBAN

(Especial para EL DIA)



...-Simbel, al Sur de

La estructura pétrea de la gran pirámide de Kjeops, más poderosa y solemne por la cercanía de la observación.



La pequeña estatua de la reina Nefertari, mujer de Ramsés II, apoyada su mano en la corva de la pantorrilla de su colosal esposo.

Julio Imbert, poeta, dramaturgo y crítico argentino, tiene intensa actuación literaria, pese a su juventud, habiéndose dedicado a la actividad teatral a través del grupo independiente "Las Cuatro Tablas". Tiene numerosas obras escénicas, estrenadas o éditas, a partir de 1945, que le han valido premios en el género. Es autor de una interesante biografía sobre Florencio Sánchez, y prepara otra sobre Laferrere.

Gregorio de Laferrere

Su mocedad: Periodismo y Política

NACIO Gregorio de Laferrere en Buenos Aires el 8 de marzo de 1867, hijo de madre argentina y padre francés. Sus estudios, llevados adelante, sin brillantez, en el viejo Colegio Nacional de la calle Bolívar, no permitían prometer nada de él. Por el contrario, resultaban inquietantes a sus progenitores. Sin embargo, Gregorio demostraba inteligencia y personalidad: algo rebelde, algo vehemente, algo criticón. Ello era fruto, tal vez, de lecturas encontradas al azar y absorbidas con cierta avidez e inquietud. Poco a poco y "siempre acicateado por esa impaciencia que será el signo de su vida", se fue arrimando a los extramuros del periodismo. Desde el comienzo de su mocedad, la política del país, que se conjugaba con hombres como Sarmiento, Mitre, Avellaneda, Roca... le atrajo y comprometió. Con Adolfo Mujica, un amigo que compartía sus inquietudes, fundó un periodiquillo, *El Fígaro*, comprometiendo su pluma a la ascendencia del famoso Mariano José de Larra, cuyas lecturas le habían cautivado y cuya habilidad pretendían, o intentando caracterizar a las columnas con un corte de intriga, ingenio y habilidad propios del personaje de Beaumarchais.

El espíritu de Laferrere estaba inflamado —párvulo aún— por las consecuencias de aquellas luchas sangrientas entre *crudos* y *cocidos* (alsinistas y mitristas) que se desarrollaban alrededor de 1875, originadoras de una ristra de periódicos caricaturescos que se imputaban —en defensa de tal o cual partido político— los males provocados en las provincias por las asoladoras contiendas civiles. Es decir que *El Fígaro* tenía marcada ascendencia, también, en periódicos que habían fundado Héctor Varela, Enrique Romero Jiménez, Eduardo Costa, Juan Martínez Villergas y José Hernández, y que se caracterizaban por sus críticas violentas "para llamar al orden a nuestros políticos". Pero fueron sólo cinco años de sostenida acción periodística.

En 1889 su padre decidió trasladarse a Francia. Quería ver una vez más las nativas tierras pirenaicas. Realizó, pues, el viaje, acompañado por sus familiares. Gregorio —había cumplido los veintidós años— retozaba de júbilo. Dejó en manos de Adolfo Mujica la dirección de *El Fígaro*, y se embarcó. Era una fecha alegre para Francia. En julio festejábase el centenario de la toma de la Bastilla, es decir, la terminación del símbolo del absolutismo real, y Francia, tranquilamente encauzada y en plena recuperación espiritual y económica, por inspiración de Sadi Carnot inauguraba la Exposición Internacional de París. Ahora, los desfiles, las luminarias... Después, la intranquilidad, la angustia, el dolor. Don Alfonso enfermó de gripe y debilitándose sus fuerzas morales y físicas, quedó allá para siempre, vuelto a la tierra que le dio su espíritu y su músculo de colonizador.



Gregorio de Laferrere, por Cao. Caricatura publicada en "Caras y Caretas" de Buenos Aires, con esta leyenda al pie: "El autor de Jettator/ demuestra con su labor/ brillante espíritu crítico/ y hace reír como autor/ y reír como político".

Dueño Gregorio, en su soledad, de su tiempo y de la considerable fortuna que el hacendado depositaba en sus manos, decidió el regreso a su patria. Eran horas de perturbación ciudadana. La acción política del presidente Juárez Celman comprometía la estabilidad de su gobierno y la tranquilidad de su pueblo. Leandro N. Alem, el fogoso orador, lo combatía y, empleando las armas que había manejado en la revolución de 1874, auspició y encabezó el levantamiento —concretado el 26 de julio de 1890— que originó la renuncia de Juárez Celman.

El fundador de *El Fígaro*, que nunca se sentaría a la mesa de una redacción, pero que sería un periodista "hasta el postrer día en esa militancia en la crítica social y la pintura de ambiente esencialmente periodística que caracteriza al teatro", no podía, al encontrar a su patria desorganizada y al borde de un caos, sino dirigirse al medio de esa efervescencia. Conocía bien todos los ambientes de Buenos Aires, especialmente el bursátil, con el encendido frenesí especulativo que a fines de siglo corrompía las costumbres y tramaba consecuencias funestas en concordancia con un periódico de evolución asaz inquieto, porque *Julián Martel*, seudónimo tras el cual se ocultaba su querido amigo José María Miró, un muchacho de su misma edad, lo acababa de enterar con plenitud de detalles testimoniales.

El panorama era, evidentemente, tremebundo. La juvenil rebeldía de Laferrere, pues, lo encauzó por el camino de ese drama vivente de enmarañado partidismo hacia el autonomismo porteño. Su militancia fogosa y decidida lo llevó pronto a cierta reputación. Tenía Laferrere simpatía y una capacidad ilimitada de atracción personal, al extremo que haría mañana exclamar a Marcelino Ugarte: "Con Laferrere no se puede hacer política porque dondequiera que actúe en seguida hay laferreristas". Nunca dio un paso solo, sin que le siguieran adeptos. Vivía Laferrere en Morón y el prestigio ganado en los cabildeos entre "modernistas", "vacunos" y "pellegrinistas" lo condujo a la presidencia de la comuna, de la que se hizo cargo valiéndose de una artimaña sainetesca, pues el oficialismo, que no quería aceptar la derrota electoral, intentó impedírselo a toda costa. Sólo meses ocupó el cargo. Y volvió a la lucha, algo conspirador, algo revolucionario, organizando un levantamiento contra el gobierno provisional de Buenos Aires. Buscó el apoyo de don Hipólito Irigoyen que presidía entonces el comité radical de la provincia y tuvo la satisfacción de que el famoso líder, al recibirlo, le abriera los brazos diciéndole que "lo esperaba". Pero su actitud era solamente cívica, independiente de banderías políticas, y manifestó a Irigoyen, a Aristóbulo del Valle y a Mariano Demaría, quienes le instaron a unirse al radicalismo, que no era ni sería nunca radical. Su propósito nacía de un desinterés personal y sólo apuntaba al mejoramiento del "clima" político en que ardía viciosamente el panorama nacional. "No deseo nada", le contestó a Carlos Pellegrini, el famoso economista y jurisconsulto, cuando, siendo presidente de la República, le mandó llamar y se ofreció incondicionalmente, atraído por las informaciones que lo reputaban como elemento valioso. Y ello contribuyó a fortalecer su prestigio.

En 1893 el pueblo lo designó diputado provincial. Su actitud en la Cámara —ocuparía la banca hasta 1898— fue destacada. Contrariamente a su actuación posterior en la legislatura nacional, intervino con frecuencia en los debates parlamentarios. Habló con medulosa ocurrencia el 26 de abril de 1894, provocando hilaridad en el recinto. En las sesiones del 13 y del 15 de junio de ese año volvió, en defensa de una ley, a emitir sus acertadas reflexiones. No asistió a la Cámara con entera asiduidad, pero cumplió sus obligaciones con mejor disposición que la que demostraría años después en el escaño nacional. Toda vez que intervino en los debates, lo hizo oportuna, incisiva, espontánea, ocurrentemente. De aquí, de entonces nació acaso, en cierto modo, parte de su fluidez escénica y sus intentos posteriores del diálogo teatral, para los que no intuía aún tan venturoso destino. Y recordemos sólo uno de los sazonados frutos que lo constituyeron: *Las de Barranco*.

Julio IMBERT

(Especial para EL DIA)



Idolo panameño de Veragua, de oro, logrado por fundición mediante el sistema "ciré perdue". Colección particular. Montevideo. Foto del autor.



Orejera de oro repujado con adornos de turquesas. Figura entre las mejores existentes del Perú Precolombino. Procede de Batán Grande. Colección particular. Montevideo. Foto del autor.



Vaso timbal de oro, exhumado en Lambayeque. La calidad de la decoración en relieve es el tipo mejor logrado en América Precolombina. Colección particular. Montevideo.

LA METALURGIA EN LA AMERICA PRECOLOMBINA

EXCLUYENDO a México y las zonas de su influencia, que evidentemente merecen un capítulo aparte, se pueden hacer dos grandes divisiones con respecto a la metalurgia americana. Poniendo al día el trabajo de Roats proponemos dos complejos o áreas principales que serían:

1) Antillas, Panamá, Colombia, Venezuela y Ecuador.

2) Costas de Perú y altiplano de Perú y Bolivia, desde donde se habría expandido hacia el noroeste argentino y sur de Chile.

Se atribuye al primer grupo, como elemento propio, la aleación llamada tumbaga (oro y cobre), empleándose aisladamente, en escasa proporción, el cobre y la plata. El primero para armas y herramientas y la segunda para algunos pocos ídolos y adornos.

En las Antillas se encuentran figuras fundidas en gran cantidad, discos con altos relieves, pectorales y pendientes, obra de los grupos de Coclé, Veraguas, Chiriquí, Chibchas, Caucas, Sinús, etc. La mitad son de oro puro, el resto de tumbaga. Las proporciones de oro y cobre que contiene la aleación se pueden determinar por el color del objeto a menos que éste haya sido dorado exteriormente. Si la tumbaga contiene de 60 a 80 % de oro, el cuerpo es rojizo y bastante quebradizo. Con más de un 80 % de oro, el colorido exterior es más amarillento y la pieza más sólida. Los objetos de mayor tamaño se hacían con esta aleación mientras que los pequeños de gran calidad eran realizados en oro, no habiendo sido hallados ídolos notables en tumbaga rojiza.

El pequeño ídolo de oro que ilustra estas páginas se puede atribuir al grupo Veragua de Panamá. Ha sido hecho por el método de "ciré perdue" que ya se conocía en el Viejo Mundo en la época del Descubrimiento y en Asia desde antes de Cristo. Consiste en un modelado previo de la pieza, en cera, que luego es cubierto por una gruesa capa de arcilla en la cual se practican dos orificios. Una vez seca la arcilla era tratada como un ceramio, o sea que se cochuraba. Durante esta operación la cera se derretía perdiéndose y el molde quedaba pronto para ser rellenado con el metal deseado. La zona 1 no conoció la aplicación a este sistema del molde de dos partes, o sea que por cada pieza se empleaba un molde, lo que aseguraba la producción de piezas únicas. En cambio, todo indicaría que en Tiahuanaco y más tarde entre los Incas, el molde no era roto sino abierto.

En la zona de los Quimbayas, situada a lo largo del curso medio del Río Cauca, donde se ha trabajado el oro con mayor profusión. Allí se han obtenido magníficas piezas que componen la más grande colección de metalurgia americana, la del Banco Nacional de Colombia, en Bogotá. La forman grandes ídolos huecos y macizos, copas con incrustaciones o relieves, pectorales de gran tamaño, escudos, coronas, etc., todos ellos de oro puro.

Otra zona importante en Colombia es la Chibcha, cuya área está cerca de Bogotá. La calidad de su metalurgia no ofrece punto de comparación con la de los Quimbayas. Sus piezas son más pequeñas, están torpemente realizadas, y salvo excepciones son de oro puro y macizas. El proceso de elaboración es una variante del de "ciré perdue".

Los ejemplares de la metalurgia ecuatoriana, que recién en los últimos años se están extrayendo en cantidades suficientes como para permitir estudios comparativos, se identifican mejor con los de Colombia que con los de la costa peruana, aún cuando los hallazgos en las tumbas de la región altiplánica, muy especialmente en Quito, muestran influencia directa de los peruanos, encontrándose entre ellos muchos ejemplares típicamente Incas. La zona más importante por la cantidad y calidad de los ejemplares metalúrgicos es la costa de la provincia de Esmeraldas y la región colindante con la provincia colombiana de Nariño, y Manabí. Dichos ejemplares se caracterizan por el empleo predominante de superficies planas, por el uso de láminas de oro y platino, por la menor proporción de trabajos hechos por fundición y por su estética general que se emparienta con el norte y se separa de los grupos sureños. En Ecuador fue excepcionalmente empleada la tumbaga ya que la mayoría de los objetos dorados son de oro puro. El cobre y el bronce que hacen aparición en esas zonas pertenecen a los últimos períodos siendo de posible origen Inca. Se han hallado grandes pectorales de defensa, cabezas de hachas y rompecabezas atribuíbles a este último período.

No podemos dejar de citar el proceso estudiado por Bergsoe en piezas de estas zonas, sobre el dorado del cobre. Dichas investigaciones han demostrado que el cobre y la plata tienen propensión a absorber aleaciones derretidas que lo cubran. Por esta razón los análisis han demostrado que en estos ejemplares existe una mayor cantidad de oro en la superficie que va disminuyendo gradualmente hacia el interior. Tal contenido desigual de oro en una pieza de cobre es el resultado de la citada absorción del oro por el cobre. El fin buscado con esta mezcla ha sido el endurecimiento del material además de la obtención de una capa anticorrosiva.

El área 2, a la que geográficamente corresponde la costa de Perú, su altiplano junto con el de Bolivia y el norte de Argentina y Chile puede ser objeto de un vistazo de norte a sur.

Es en la región del reino de los Mochicas, en la costa norte del Perú, hasta el sur de ese litoral, en la región de los Nazcas, donde han aparecido, en tumbas de diversos períodos, todo tipo de objetos de metal elaborados en oro, plata, cobre, bronce. Tales objetos han sido coloreados, dorados o plateados. Entre los comunes tenemos vasos, platos, cuchillos, hachas, pinzas, ídolos, pectorales, coronas y adornos de diversos tipos. Luego tenemos los excepcionales que corresponden a esa área, entre los que se podrían citar los instrumentales completos para operaciones quirúrgicas.

De toda esta zona, es únicamente en Machu Picchu donde se ha exhumado mineral de estaño elaborado. Se trata de un pequeño rollo de una cinta cuyo espesor aproximado es de 2 mm. por 3 cmts. de ancho. En esta área, donde hacen aparición los objetos de madera cubiertos por finas láminas de oro, el trabajo en muchos casos es maravilloso. Los objetos logrados por fundición son muy pocos. Esta técnica se hizo común en los últimos horizontes, muy especialmente entre los Incas. La soldadura, que también se localiza en contadas ocasiones hace su aparición general en esos horizontes.

Es corriente hallar en las tumbas importantes de esta región pinzas (Ttiranas) que eran usadas para depilar barbas y bigotes haciendo el oficio de máquinas de afeitar. Las hay adornadas con motivos antropomorfos, zoomorfos y litomorfos, poseyendo muchas de ellas un pequeño orificio del cual partía una cadenita que la sujetaba a la ropa. Este orificio se halla asimismo en los alfileres (tupus) también decorados con motivos que llegaron hasta la Conquista y Colonia.

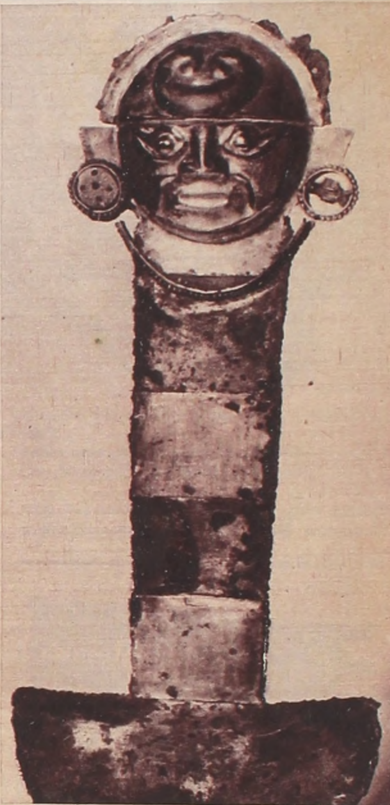
La laminación de los metales, muy especialmente del oro, con el que se llegaba a obtener el espesor de un papel fino, era empleada para hacer máscaras, casi siempre funerarias. En esta especialidad, es preciso poner de relieve a los nazcas y paracas. De igual manera se han hallado notables máscaras funerarias en tumbas de Tiahuanaco Costero.

Desde los primeros horizontes de las Altas Culturas Precolombinas de América se localizan objetos de metal. Las primeras técnicas se fueron perfeccionando y los únicos aportes de los horizontes más recientes entre los que se comprenden Chimú e Inca, habrían sido el plateado, el empleo de la plata en aleaciones y el bronce. Esta última aleación, que hace aparición en Tiahuanaco para las tierras altas y en la costa estrictamente durante los últimos períodos, es quizás la que, transformada en instrumentos de guerra, dio posibilidades de conquista a los ejércitos del Inca.

En el noroeste argentino (zona Diaguita) y en la región de Atacama (zona Diaguita Atacameña), hace aparición un tipo de metalurgia similar al de Bolivia. En los horizontes más recientes también se encuentra bronce, el cual, seguramente, fue introducido por la conquista Inca. De este grupo se conocen los métodos que emplearon para fundir los metales. El mineral, que era extraído de los veneros, era molido con trozos de sílex o de otra roca de dureza comprobada, luego era colocado dentro de recipientes de forma timbaloide de un alto que promediaba en el metro, que se denominaban "huairas". Dichos recipientes estaban cribados de agujeros del tamaño de un dedo. Las tres cuartas partes eran ocupadas por carbón vegetal encima del cual era puesto el mineral triturado, el cual una vez derretido se deslizaba hacia un recipiente de forma rectangular hecho de pasta cerámica. Esos extraños hornos se colocaban en la cima de montículos durante las épocas de vientos persistentes. El aire al colarse por los orificios avivaba el fuego interior a manera de gigantesco fuelle. Por los relatos y leyendas se sabe que cuando se fundía nunca se colocaba una sola "huaira" sino muchas, lo que ofrecía un espectáculo singular. El lingote logrado mediante este proceso tenía muchas impurezas. Para su depuración se empleaba el horno denominado "tocochimpus".

Raúl CAMPA

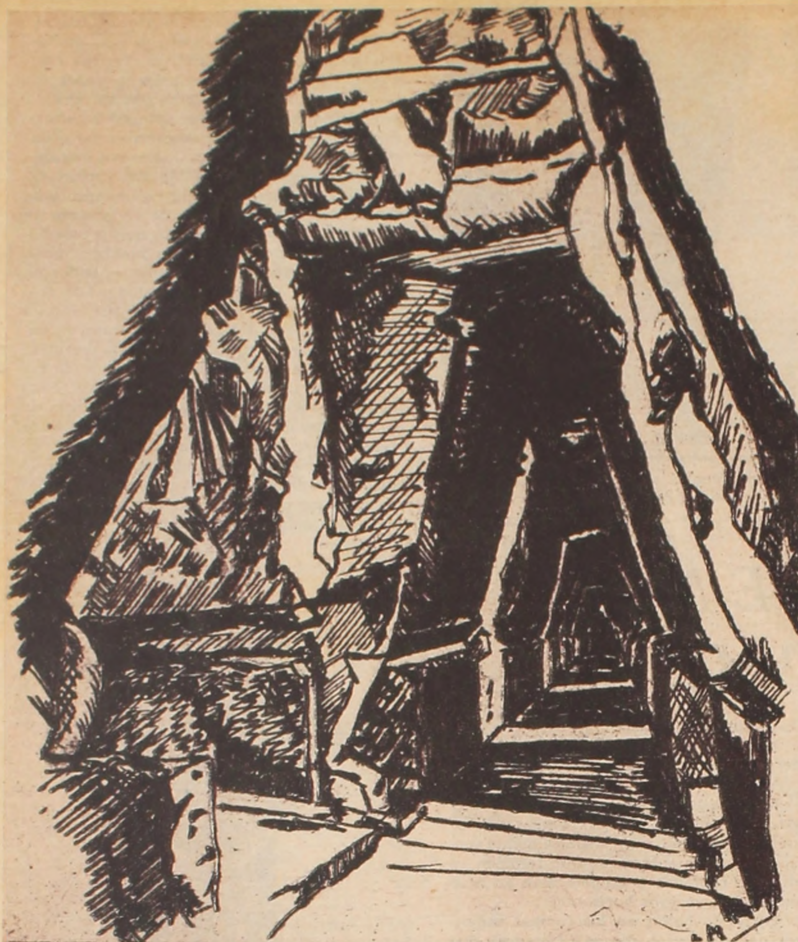
(Especial para EL DIA)



Gran cuchillo ritual de oro y cobre, con decoración antropomorfa. Exhumado en Lambayeque, Perú. Pertenecería al horizonte Chimú. Colección particular. Montevideo. Foto del autor.



Pechera Mochica de oro. Consiste en una lámina repujada delicadamente. Colección particular. Montevideo.



Cumas. Antro de la Sibila. "Y el antro aquel las misteriosas notas guarda..." Eneida. III.

"Forsan et haec olim meminisse juvabit" (Virgilio, "Eneida", I)

VIRGILIO: Rostro Enmudecido

CADA año, cuando Aries —con sus ojos vueltos hacia las Pléyades— adquiere su altitud máxima en los cielos boreales, y cuando acá Dioniso se corona de pámpanos en las noches rituales de antorchas y de coros, nosotros volvemos a descifrar el milagro griego en la luminosamente vasta diadema de sus islas.

Pan tañe su flauta pastoril y el aire se enciende en vibraciones de cigarras. Arquíloco despierta de su profundo sueño, al suave golpe de la rama de laurel de Apolo. Demeter ofrece su gavilla, Afrodita su paloma.

Hay un estallido de líricos acentos; el grano espesa la fronda; la espiga se dora en gravideces de verano; el olivo tiende su palidez madura y la miel se aquieta en embriagueces de panales.

La montaña del Pentélico —fecundada por el genio ático— se espiritualiza en albas formas estatuarias.

Después será "Thalassa! Thalassa!" (¡El mar! ¡El mar!), que resonará como grito de júbilo de los diez mil griegos conducidos por Jenofonte, y adquirirá dimensiones de símbolo como caminos de expansión, de salto en la encrucijada de la historia, de hazaña sobre el abismo de espuma.

Los eubeos de Calis agrandan en Cumas la estatura de su mundo. Pronto están en la Campania, en itálico suelo.

"Ya, riendas dando, por el mar navegan
Y a las costas de Cumas (cuya gente
De Eubea vino) sin tardanza llegan.
Tornan proas al mar: con tenaz diente
La ancla fija el bajel, y a tierra apegan
Las corvas popas, que en la onda alzadas
La bordan de colores variadas."
(Virgilio, "Eneida", VI-1)

¿Sabéis, lectores nuestros, que hemos escrito esto mirando el mar? Si el bosque es hijo de la luz y de la tierra, el mar es luz dormida en la transparencia del helecho, es pereza vegetal curvada por los reclamos de la brisa, es montaña disuelta en agonías de estrellas...

El mar —bosque y montaña en cósmicos abrazos— nos ha traído hoy el rumor de aquel que, nacido cerca de Mantua, fue brisa mensajera de simientes, de nidos, de colmenas...

Sí, él mismo, en palabras de epitafio, nos recuerda:

"Mantua me genuit, Calabri rapuere, tenet nunc
Parthenope: cecini pascua, rura, duces."
(Nací en Mantua, en Calabria morí, me tiene ahora
Nápoles: canté los pastos, los campos, los guerreros)

Nos han dicho que un monumento funerario de románica edad, próximo a la cumbre del Posílipo, a las puertas de los Campos Flégreos, hacia el Oeste de Nápoles, es, Virgilio, tu sepulcro. Si la leyenda popular no se equivoca, fácil es ir hacia tu rostro enmudecido.

Razones impuestas por nuestro itinerario —el que debe atender otros reclamos de nuestra sensibilidad preocupada por aquello que un poeta amigo ha llamado "negocios con lo eterno"—, hace que partamos desde la apretada y simpática "Piazza de la Carita", casi en el propio corazón de Nápoles.

La vía Roma, espaciosa y sumamente transitada, nos da acceso a la vieja "Piazza del Plebiscito" adonde se asoma el antiguo Palacio Real, de espesos muros.

Luego, tras recorrer la "Galleria della Vittoria", nuestro vehículo toma rumbo hacia el Nordeste por la bella Riviera di Chiaia. Quedan, a nuestra izquierda, separándonos de las azules aguas del golfo, el Acuario, el Círculo del Tennis, la plaza del Príncipe de Nápoles.

Poco más, a escasa distancia de la "Stazione di Mergellina" y tras escalar sin mayor esfuerzo, el inclinado plano de la colina del Posílipo, nos encontramos, Virgilio, frente a tu tumba.

Allá, entre la casta espuma de un mar de purificado índigo, tras la neblina de una ensoñación, nos parece ver a *Partenope*, la sirena de la leyenda de Ulises, que dará nombre a la primitiva fundación de la que fuera colonia helénica. Luego, la ciudad se llamará *Palepolis*. Próxima, surgirá *Neapolis*, de renovados alientos. Entretanto, la sirena del mito, allá abajo, entre la espuma de la ilusión desvanecida, parece repetir las últimas palabras que leemos en el amplio pergamino de académico con que nos honrara —tiempo ha— el "Tempio dei Magnati Bibliofili di Napoli": "Terra di Partenope, ove si poso il sorriso di Dio, ed ove nacquero motori di glorie e dell' ingegno italico".

Sí; sólo rostro enmudecido; porque sabemos que alguna tarde, con veredas de



Tumba de Virgilio, monumento funerario de la edad romana, sobre el Monte Posílipo, a las puertas de los Campos Flégreos.

silencio, este polvo quemado por el fuego de viejos volcanes se escurrirá, manso, hasta aquella alameda extendida al costado del barrio de Fuorigrotta, y será gleba fecunda, será sensibilidad vegetal, caña erguida, música de barro, como el primer hombre, carne desnuda nacida en el sueño, como la primer mujer...

No, no hay muerte; sólo perecimiento de plantas, de animales; sólo estrella apaciguada: sólo rostro enmudecido.

Bríndisi —que el emperador poeta Federico II llamó "bianca figlia del sole"— el 21 de setiembre del año 19 a C. sufrió la desgarradura de tu herida. Retornabas de Grecia, adonde habías ido a colmar tus sandalias con los senderos y collados del oriente descriptos en tu "Eneida". Y fuiste perecimiento de fragancias, murmullo de lluvias, lenguaje atemperado.

*

Pero cuando Dioniso se corona de pámpanos, se avivan en nosotros los contornos de tus cantos.

Tus "Bucólicas" y tus "Geórgicas", nos hablan de tus paisajes familiares; vemos el Mincio paseando sus vueltas pesarosas entre las orillas fragantes; discurrimos por los plácidos valles donde las abejas hacen magnífico botín de flores; llega hasta nosotros el inconfundible olor de la aceituna siciona molida en los viejos lagares; oímos el escondido rumor de las trojes repletas de mies madurada por el largo beso del sol encendido; levantamos las copas llenas hasta los bordes anticipando las libaciones que invocarán a Baco; pálidas sombras de olmos en las noches de plenilunio cobijan nuestros secretos; palabras aquietadas en la curva ascendente del apretado silencio, dan paso a corceles sin tiempo y a ondas sin orillas...

Mantua, Cremona, Milán, Roma, son caminos de tu estudio y de tus afanes. Y si en la humilde y callada aldea de Andes —cerca de Mantua— tu madre Magia Polla te rodeó de la mansa quietud y abierta Epidio, enseñándote retórica, y Sirón, adoctrinándote en filosofía, y Horacio, brindándote amistad, supieron de tu bonomía y de tu genio.

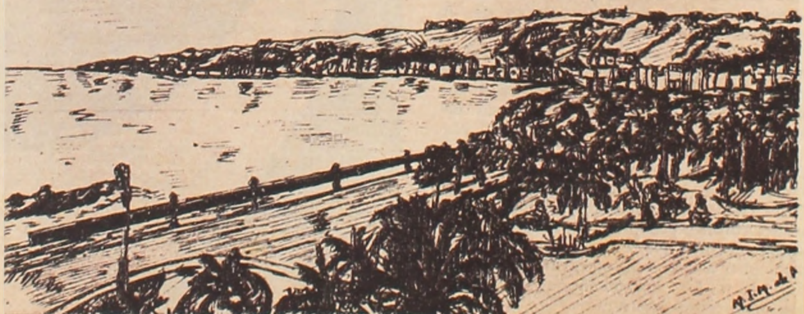
Mecenas extenderá su protección, y las victorias de Octavio en el Oriente, prestarán circunstancias apropiadas para trazar la epopeya de los mitos, los oscuros cánticos proféticos, el himno de las realidades, la esperanza del porvenir sin tumultos...

Eneas será personaje acomodado para tus ambiciosos propósitos, y aunque la muerte temprana impida la definitiva perfección de tu gran epopeya erudita, la "Eneida" quedará como libro sagrado para los romanos, y tu nombre de Publio Virgilo Maron, será repetido por Dante con campanadas de gloria.

Lo antiguo y lo maravilloso se fusionarán como la estrella y el alba; realidad y fantasía se confundirán como raíz y fruto; espada y amor serán llamarada en la esencia de sus arrebatos.

El tiempo de la Roma primera es tiempo total para tus anhelos más caros, y sería preciso hacer larga referencia a los doce libros de tu "Eneida", para decorrer la completa urdimbre de los velos ocres que van desde la desencadenada tempestad que arroja al héroe troyano a las costas de Libia, hasta la obtención de la mano de Lavinia y el dominio del Lacio.

Tiembla la llama de nuestros tiempos; y las reglas de este juego inocente de ense-



Monte Posílipo visto desde la "Piazza Vittoria"; en su cumbre estás, Virgilio, como "tostado rostro enmudecido, jugueteando entre los milenios de los astros".

CIUDAD VACIA



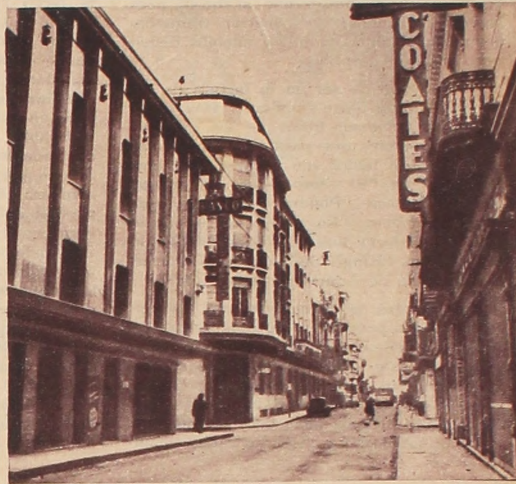
La clausura de los negocios pone el silencio y la ausencia, en la zona vieja de la ciudad.



La tarde del sábado cae sobre el edificio del Banco República.



25 de Mayo y Misiones, por donde diariamente transita la multitud, recibe el sol y las sombras en plena soledad.



Sarandí vacía, como la calle de una ciudad evacuada.

YA la hoja del "Viernes" va a caer del almanaque que está en la pared del escritorio, en el salón de ventas, en la agencia de lotería, en la casa de remates, en la farmacia. Está al caer, y cae finalmente, como la campanada desde una torre.

Sus ondas flotan entonces y se van diluyendo por toda la zona apretada de la ciudad vieja, y su toque preciso, despuebla de inmediato los almacenes, las tiendas, los bazares, las veredas, la calle. Apaga las luces de las vidrieras, corre las cortinas metálicas, vacía las mesas del bar de la esquina, del bar de enfrente, del bar de la mitad de la cuadra, donde el vapor que sale de la máquina del "express", semeja ahora el de la chimenea de un barco de juguete, que se va...

Todo lo que se mueve ha desaparecido, casi en una huída, entre corridas y bocinazos.

Hace largo rato que los Bancos han cerrado sus puertas de hierro, y sólo asoma en ellos, con señales de vida aún, el pequeño letrero luminoso que dice: "Depósitos fuera de hora"!

Pero esto queda atrás sin duda, porque hoy es sábado, y en la tarde, el tibio sol de otoño da en los frentes de los edificios, como si lo hiciera por primera vez. Aparecen entonces, bien visibles en ellos, las grietas y fisuras de la pared, las manchas como cicatrices, el polvo adherido en listones bajo las cornisas. Se puede ver claramente, las macetas improvisadas en los pretiles, los anuncios descoloridos pegados apenas al muro, los letreros y reclames sometidos al trato de la intemperie; y, abajo ya, los parches y remiendos del trajinado asfalto.

Pasar entonces así, por la ciudad vacía, conmueve un poco. Nuestros pasos secos dan en el silencio como el latido de un reloj desganado. De pronto nos detenemos frente a esta vidriera con ligeras varillas de seguridad. Hay en ella unos sellos, un libro para acertar a la lotería, un mate labrado con su bombilla de plata, un retrato de Carlitos Gardel.

Al cruzar la calle solitaria, vemos que nos sonríe desde su parapeto de cristal, un muñeco de chocolate, al lado de una torta almenada en cuyo centro se nos augura "Felicidad"!

Las cortinas metálicas bajas, por lo demás nada dejan ver aquí y allá, pero bien sabemos que hay detrás de ellas, casimires "importados", latas de conserva, tarjetas de enlace.

He aquí, la iglesia, clausurada también. Me placería entrar ahora en ella, ahora que no hay nadie; contemplar las imágenes de yeso y madera, los rostros de mármol en la semiluz, las filas de bancos vacíos, el titilar de la lumbre macilenta del Altar Mayor; moverme un rato, en fin, entre sus sombras, como un ladrón retrasado, y luego salir y seguir mi camino a la luz de la tarde...

Entre las viejas casas, la Bolsa de Comercio acecha de pronto nuestro paso, en la nueva línea de edificación de la calle. Sin campanario, sin imágenes ni cirios encendidos, su mole solemne, con cierta impenencia se aparta hacia atrás y hacia arriba. Acciones y valores "nominales", estarán ahí dentro seguramente consignados con los números y anuncios de las pizarras, en las oscilaciones del día anterior. La verdad es que me agradaría también entrar ahora, ahora que no hay nadie, en este nuevo templo de nuestra pasión y desenfado, en cuyo altar mayor se yergue el milenario Becerro idolátrico.

Con los pantalones recogidos, los mozos baldean el bar próximo (siempre hay un bar próximo), a todo trapo y escoba semanal; y el agua barrosa se vierte por la vereda y corre luego junto al cordón hasta la esquina, donde el agente de turno se pasea desganado y bosteza.

En la abulia del vigilante cabe bien todo el trajín de la multitud que diariamente transita por aquí; esa corriente rumorosa de curiales, letrados, horteras, comisionistas, vendedores a plazos y al contado, enajenantes y enajenados, que cruza, choca, sigue, entra, sale, sube y baja; muchos de los cuales tal vez quisieran no tener que hacerlo, pero pocos de ellos seguramente pasarían por el lugar si acaso, sólo a tomar el sol, este sol que da en las paredes de los edificios ahora clausurados, en silencio total.

Ved, aún en su sitio de mitad de la cuadra, la pequeña sala de cine por secciones, de la época feliz en que las cintas se cortaban de pronto, y entonces todos zapateábamos rudosamente. Un gran cartel anuncia para el martes "Gigantes del mar"...

Pero, de dónde ha salido este señor, interceptando casi nuestro paso, este hombre que habla solo? Mira ya hacia el suelo, ya hacia el flanco; estira un brazo para dar más fuerza de convicción a sus palabras sincopadas. Magro, correcto; el desordenado cabello plateado parece precoz.

Le sigo aún con la mirada; continúa discutiendo, sí, hasta que se pierde de vista. La soledad recoge su diálogo fantasmal, y lo vuelca en la calle.

Cruza en tanto para la Aduana un ómnibus sin pasajeros.

Resuena fuerte el bocinazo al pasar.

Tres palomas levantan entonces el vuelo, doblando la esquina.

La florería ofrece ahora su rutilante decoración, para el lindo silencio de la ciudad vacía.

Enrique Ricardo GARET.
(Especial para EL DIA.)

---

bra palabras con que alimentamos la dicha antigua de soñar despiertos, nos exigen fidelidad a ciertas normas. Quede entonces, esto que una tarde de mar nos arrebató al hueco de nuestro silencio, limitado a sólo un pasaje de la Eneida".

*

Un libro o una vida son siempre una historia mansa o desgarrada, un fulgor diluído en laberintos, un rumbo sin atajos obligados. Pero cada libro, y cada vida, tienen un minuto azul donde el árbol dialoga con la estrella, un instante impreciso cuajado de eternidades, una brizna que asciende, un mensaje mágico lleno de resplandores.

Así vemos —como minuto azul radiante de eternidades— ese libro cuarto de la "Eneida", que ahora nos hemos puesto a releer, en esta tarde de horizontes limpios.

¿Cómo lo ves tú, muchacha de engrandecidos ojos nostálgicos, que nos has mirado largamente desde el fondo de un silencio todo hecho de oro y luz?

Poema de amor y símbolo de dos pueblos, acostumbramos a definirlo en las aulas; pero sentimos que las palabras entre las cuales queremos aprisionar los valores literarios, las palabras con las cuales deseamos interpretar la arquitectura material de un estilo, se diluyen, pobres como mendigos sin esperanza, en la orfandad que todo lo inunda cuando el espíritu remonta en canoas de plata por los cauces oblicuos del sol de este abril de líneas mortecinas.

No; no. Cerremos el libro. Desvanézcanse las palabras. Quede sólo el silencio lleno de música. Porque ahora sólo pensamos en ti, muchacha que nos regalaste —¿hace ya cuánto tiempo?— la prolongada mirada de tus pupilas con reflejos de castañares.

"Sólo aqueste extranjero a simpatía
Ha logrado moverme, y su latido
Vibrar el corazón, que ya se inflama;
El calor siento de la extinta llama."

¿Recuerdas? Son palabras de Dido, pero bien pudo, también, haberlas dicho Eneas. Después, Dante, junto a Virgilio, y al acercarse Beatriz, dirá:

"... Ni una dracma
que no tiemble, de sangre me ha quedado:
¡conozco el signo de la antigua llama!"
("Comedia", Purgatorio. 30)

La reina de Cartago aprieta junto a su rostro el semblante de Ascanio, porque en él adivina la faz viril del héroe troyano. Impenetrables designios de las divinidades tiñen de rosa la azucena; más allá de los hombres, el enigma tergiversa las imágenes, y la máscara de lo meramente humano es humo leve en rondas fantásticas.

Después, se encenderán los nardos entre las nieblas despuntadas; palpitará la aurora en el altar de Juno, se asombrarán los cielos por los goces revelados.

Multiplícase la elegía frente a la torpeza de lo vulgar; por detrás de las asperezas y de las breñas, nace el rumor de una música infinita; el barro se desgarra en herida para el amanecer de la corola, y para que en ella se perpetúe el gozo del enjambre.

Dido morirá en carne, pero ascenderá en llamas desde la pira de leños resinosos. Plutón no la espera; Proserpina no cortará aún su rubia cabellera. Se marchitará el tallo, mas luego, todo será fragancia.

¿Escuchas tú, muchacha de engrandecidos ojos nostálgicos, el no apagado rumor de los enjambres? ¿Verdad que adivinas el palpitar de las semillas en el huerto?

La noche —bien lo sabes— es el segundo nacimiento, y en ella no existe ni temor ni asombro para quien sabe nacer a la aurora sin orillas...

¿Aprenderás tú, muchacha de mirada clara, a dibujar los contornos de la esperanza? ¿Sabrás surgir, por entre el muro de los goces hondos, hacia un cielo reluciente? ¿Sabrás beber en copa de nácar el arrullo virgen de tus palomas desveladas?

Te sonreirás, acaso, y tras un prolongado coloquio en sendas encontradas, las azucenas de tu rostro se volverán granados...

*

Después, temblarán los nardos en la sombra iluminada; los lebreles de tu risa se dormirán junto a los umbrales del estío; tu primera mies se colmará de música amarilla; una estrella —por encima de la brizna y del sollozo— quedará luciendo entre tus senos de amapola; y un rocío dulce tendrá olor a lirio apetecido...

¿Y después? Después fue y será tranquilo ordenamiento; transfiguración de sueños en aparentes realidades; colmena enamorada en los huecos de la flauta.

Pero fue y será, también, certidumbre de cielos revelados; fragancias de infinito aprisionadas para siempre; primicia incomparable; don de dioses; secreto y ciencia de la eternidad...

*

Sí, es cierto esto. El alba es signo tradicional de crecimiento y vida; agua transparente para la multiplicación de las especies; aparición del genio; coloquio con las Musas. Así fue hace dos mil años, en Andes, en Mantua, en Megara, en Partenope.

Mas ahora, te vemos con más resplandor en tu vida prolongada. Esta, sí, es la noche para tu carne dolorida; ceniza muchas veces levantada para el goce de la música en la caña erguida; tostado rostro enmudecido, jugueteando entre los milenios de los astros.

Sí, también esta es la verdad. Este túmulo, Virgilio, es la noche de tu segundo nacimiento; la vida sin asombros; tránsito sin fatigas, presencia sin palabras de tu estrella sin ocaso.

Ramiro W. MATA

(Croquis a pluma de Mabel I. M. de Mata)

¿QUE LEEN SUS HIJOS?

TODOS los niños tienen predilección por las llamadas "tiras cómicas", por las historietas ilustradas con relatos de bandidos, aventureros y superhombres. Gustan también de los cuentos de Grim y Andersen. A muchos hombres, que no han dejado felizmente de ser niños, les gusta también este género de lecturas. Pero es el caso de plantearse el problema si paralelamente a esta literatura de pasatiempo que realizan los párvulos no deben figurar libros que instruyan y aporten elementos para la formación del carácter.

Son muchos los padres que no vigilan las lecturas de sus hijos. Se satisfacen con que éstos vayan al cine, escuchen la radio, lean revistas pueriles y se rían con las consabidas historietas chistosas que aparecen en todos los diarios. Estos materiales tan difundidos no deben excluir al libro, pues carecen del poder de penetrar profundamente en el alma infantil y además tienen poco influjo educativo.

No todo ha de ser en la lectura de los niños un mero entretenimiento. Hay en la literatura universal libros de los más variados caracteres que puestos en manos de los niños son leídos con gusto y provecho. Por ejemplo: "El libro de mi amigo" de Anatole France, "Platero y yo" de Juan Ramón Jiménez, "La novela de un novelista" de Palacio Valdez, "Testa" de Pablo Mantegazza, "King", de Kipling, "Corazón" de Edmundo de Amicis y muchos más.

Los infantes se conmueven con los episodios de los personajes de estas obras, terminan por asimilar algunos de sus caracteres y con este solaz recomendable se van moldeando sus temperamentos. Son éstos y otros libros ecuménicos e inmortales que, no obstante algunos pedagogos de vanguardia, han satisfecho y seguirán satisfaciendo las apetencias intelectuales de los niños y adolescentes de todos los tiempos. Porque pese a la deshumanización del arte, a la mecánica nivelación actual y a otros aspectos del angustiado vivir de nuestros días, el sustracto de cada individuo normal es en la actualidad y será en lo futuro exactamente igual a como fue en lo pasado. El alma del niño de hoy, que asiste a una escuela saturada de cientificismo, no difiere del alma de aquel niño de Atenas, que con su capacho de higos bajo el brazo, concurría a sus clases a recitar las fábulas de Esopo. En el fondo de cada conciencia están latentes todas las virtudes dispuestas a desbordarse merced a un eficaz estímulo, y está el amor, el sempiterno amor hacia lo excelso y lo hermoso que hace de la pobre criatura algo más que una cifra en la lucha política y algo superior a una fuerza en la contienda social.

Hay muchos libros, que sin ser esencialmente científicos o pedagógicos, deben leer los niños para su formación espiritual, especialmente alrededor de los diez años, edad en que el ansia de leer tiene urgencias insaciables. Entre un centenar de libros recomendables para estas circunstancias, figura uno poco conocido por las generaciones actuales: "El maravilloso viaje de Nils Holgersson a través de Suecia" de Selma Lagerlof, que habiendo sido escrito para niños, deleita también a los adultos. Esta obra admirable nutre la fantasía, enriquece la inteligencia y conmueve el corazón. Se describen en ella edificantes caracteres humanos, se despierta el amor por los animales, instruye acerca de aspectos folklóricos, da conocimientos históricos y geográficos, a la vez que es un código de moral. La fantasía, la ternura humana y la realidad social se funden en el relato con admirable simbiosis.

Dos célebres literatos franceses tienen personalísima opinión acerca de los libros que deben leer sus hijos. François Mauriac declara que sus muchachos, al ir creciendo, descubrían por sí solos a los buenos autores. Y André Maurois confiesa que ha dejado a sus hijos una gran libertad en la elección de las lecturas, pues no gustaban del material que él les proporcionaba. Conceptuamos, desde luego, bastante peligroso este criterio, pues tenemos la seguridad de que sin una discreta fiscalización, muchos infantes precoces se quedarían con los cuentos del Aretino, Boccaccio y de la Reina de Navarra, frente a novelas rosas como "Fabiola" o "Pablo y Virginia".

El libro que pongamos en manos del niño debe ser abierto con interés y cerrado con provecho. No es precisamente la forma didáctica que informa mucha literatura infantil, la más recomendable para inculcar principios morales o demostrar verdades científicas. El estilo pedagógico, frecuentemente peptonizado, carece de atractivo para los niños; suele tener la frialdad de muchos principios de lógica. La moral y la ciencia deben ser diluídas en hábiles narraciones para que los niños las beban inadvertidamente. Con preferencia los libros escritos para niños deben mostrar la belleza de la virtud para que sea imitada y no descubrir la fealdad del vicio a fin de que sea abominado. El aprendizaje por procedimientos negativos no formará nunca hombres naturalmente decentes; en el mejor de los casos, hará del niño un mero censor de la conducta ajena.

Si aspiramos a la felicidad social, que se obtiene en la vida popular educando la virtud por el saber, para conquistar la paz por el trabajo, debemos cuidar mucho la lectura de nuestros niños.

Hay que proscribir los cuentos y relatos de bandidos, porque, aunque a la larga el delincuente resulte siempre castigado queda flotando por encima de la narración un aire deletéreo que intoxica el espíritu del niño y le hace soñar con aventuras culpables que hemos visto llevar a cabo en la realidad.

El destino de muchos hombres dependió de lo que leyeron en su infancia. Desde Marco Aurelio hasta Anatole France, la lista es copiosa. Recordemos, como cauce de muchas vidas, la influencia de las novelas de caballería en Cervantes, de "Werther" de Goethe y de "Renato" de Chateaubriand en la juventud romántica del siglo pasado, de "El discípulo" de Paul Bourget, que provocó fogosas polémicas en el mundo magisterial, de las escalofriantes novelas policiales, tan difundidas, gestoras de muchos casos de delincuencia infanto-juvenil.

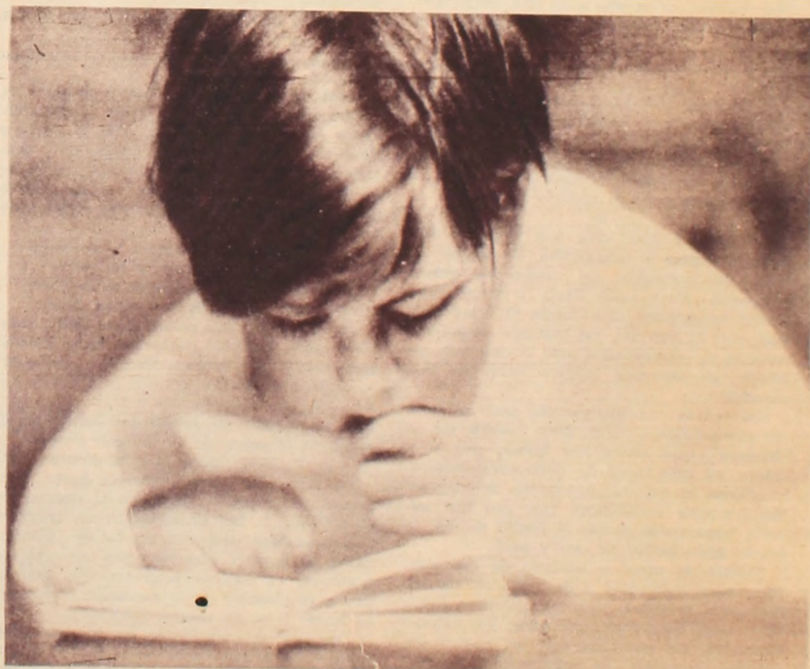
Que los niños lean algo de lo bueno que ha producido el ingenio humano, aunque sea parcialmente inteligible. Que lean las producciones clásicas y modernas, aunque algunas no estén totalmente a su alcance. Ya vendrá la capacidad de digerir. Tal vez algún día, como en el soneto de Rodó, "cuando avance en su heredad el frío", reconcentrados y risueños, vuelvan a Perrault.

Alberto RUSCONI.

(Especial para EL DIA.)



Todo niño es un pequeño artista y gusta de colorear las láminas de sus libros.



La niña es poderosamente atraída por cautivante lectura.

Tarzan

TA-HU, LA GIGANTESCA BALLENA ASESINA, ESPERABA IMPACIENTE QUE CAYERA LA VÍCTIMA AL OCÉANO--

por EDGAR RICE BURROUGHS ®







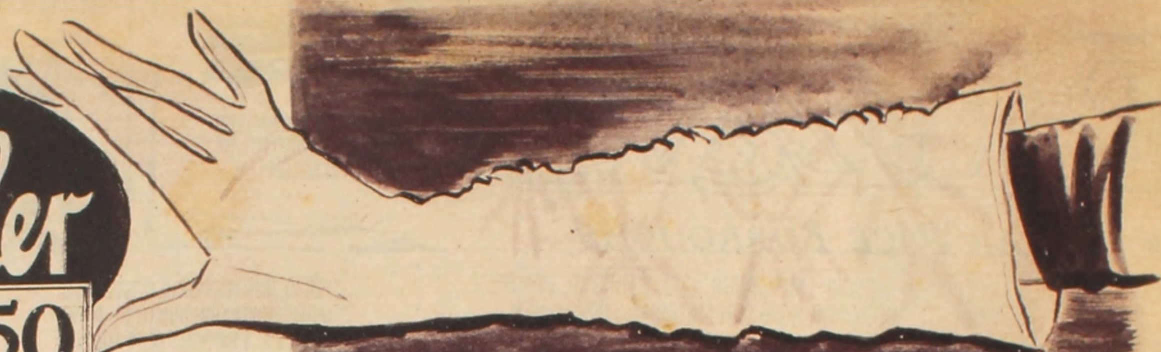












Halagos para sus manos en la brillante colección de

Guantes

que presentan nuestras 3 casas.

GAMUCINA DE ALGODON

1 - Colores: negro con vivos blancos. Todo talle, el par $ 8.50

2 - Colores: negro-fantasía con presillas y botones. Todo talle, el par $ 9.20

3 - Clásico con botón, colores blanco ó negro. Todo talle el par $ 10.50

4 - Puño de piel, con forro de gran abrigo, colores natural, cognac, gris ó negro. Todo talle, el par $ 11.80

GAMUCINA GLACE

5 - Clásico largo, terminación en ondas, colores blanco, natural ó negro. Todo talle, el par $ 9.80

6 - Puño doble, aplicaciones de perlas, colores blanco ó negro. Todo talle, el par $ 10.00

7 - Hebilla dorada, con botón, colores blanco ó negro. Todo talle, el par $ 12.80

8 - Largo 34 cmts. puño "Drape", colores blanco ó negro. Todo talle, el par $ 14.00

CHICLES

9 - Piqué, con hebilla dorada, colores blanco, natural ó negro. El par $ 13.50

10 - Piqué, puño doble con botón, colores blanco ó negro. El par $ 15.20

GAMUZA

11 - Clásicos, cortos ó largos, color negro. Todo talle, el par $ 14.00

12 - Clásicos, cortos o largos, gran variedad de colores. Todo talle, el par $ 15.80



Clientes del Interior. - Dirijan vuestros pedidos a nuestra CASA MATRIZ, Avda. Agraciada 2302 y M. Sosa.

CABRITILLA

13 - Clásicos cortos con botón, color blanco ó negro. Talles del 6 1/2 al 7 3/4 El par $ 15.50

14 - Fantasía puño doble con moña blanca, colores cognac ó negro. Todo talle, el par $ 18.50

15 - Fantasía con vivo blanco y adorno de perlas, colores blanco o negro. Todo talle, el par $ 19.00

16 - Fantasía con presilla y hebilla, colores blanco ó negro. Todo talle, el par $ 19.20

17 - Fantasía con hebilla dorada, colores blanco ó negro. Todo talle, el par $ 19.50

18 - Fantasía con aplicación en cabra blanca, colores cognac ó negro. Todo talle, el par $ 20.50

☆

PROGRAMACION DE CASA SOLER EN SAETA T.V. — Lunes y Miércoles a las 20 horas, presenta el Escenario de Variedades y los Martes a las 21 y 15 horas la Gran Tele-revista, con las mejores atracciones de la T.V.

☆

CASA MATRIZ Avda. Agraciada 2302
TELEF. 20 09 61

SUC. GOES Avda. Gral. Flores 2341
TELEF. 2 42 00 - 2 43 00 - 2 44 00

SUC. CORDON Avda. 18 de Julio 1601
TELEF. 40 41 11